

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1855. — TOMO VI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 14. — N° 141.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

Viaje á Francia de S. M. la reina de Inglaterra; grabados. — Tipos españoles. — Revista de Paris. — La Caridad y la Grattitud. — Elvira y Luisa. — Retratos de S. M. la reina Victoria y de S. A. el príncipe Alberto; grabados. — Hombres ilustres de la América española. — Entrada de S. M. la reina de Inglaterra en Paris; grabados. — Exposicion Universal de la Industria. — La Semana matritense. — La columna de Vendôme; grabado.

VIAJE A FRANCIA DE S. M. LA REINA DE INGLATERRA.

Hoy principiámos á publicar la serie de láminas que tenemos hechas sobre el viaje á Francia de S. M. la

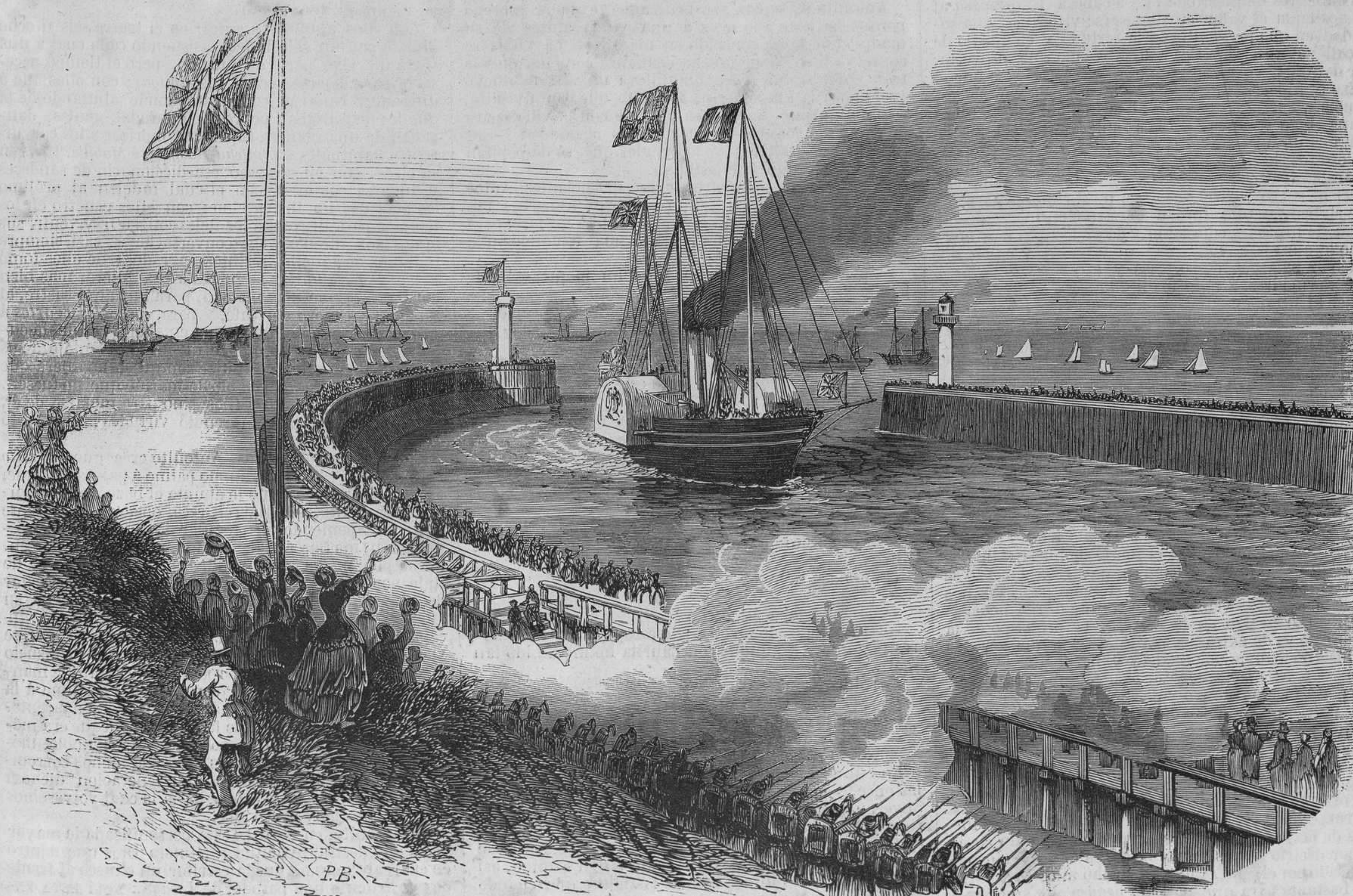
reina de Inglaterra, acontecimiento que formará época en la historia. El número entero se halla consagrado á este importante asunto á excepcion del último grabado que representa la columna de Napoleon en la plaza Vendôme, y que ponemos tambien comoun dibujo de actualidad por motivo de la fiesta del 15 de mayo.

El texto que damos hoy en las páginas 172 y 173 sobre la entrada de S. M. la reina Victoria queda cortado en la llegada al palacio de Saint-Cloud porque ahí se concluyen tambien los dibujos que caben en este número; su continuacion irá en los próximos; el lápiz y el buril no van tan de prisa como la pluma.

La Reina llegó el 18 de agosto por la mañana á la vista de las costas de Francia, y á eso de las doce y media cuando la mar estaba alta, su yacht hizo su entrada

en el puerto de Boulogne al sonido de la música y al estampido del cañon. El Emperador fué á recibir á la Reina á bordo, y en tierra se mantuvo á caballo junto á la portezuela del carruaje que ocupaba con el príncipe Alberto y sus hijos, desde el puerto de desembarco hasta el camino de hierro. La tropa de línea estaba tendida en la carrera, y las plazas se hallaban ocupadas por el 8° de dragones y el 2° de lanceros; habia sobre las armas 40,000 hombres de los cuatro campamentos del Norte.

A las dos se puso en marcha el tren, y á las siete y veinte minutos la reina de Inglaterra llegaba á Paris.



Entrada de la rema de Inglaterra en el puerto de Boulogne, a bordo del yacht *Victoria and Albert*.

TIPOS ESPAÑOLES.

EL POLLO. — EL PISAVERDE. — EL PETIMETRE. — EL LECHUGUINO. — EL ROMÁNTICO. — EL CALAVERA.

He aquí la ilustre genealogía del POLLO en lo que va de siglo. Hijo degenerado de la gran raza de los necios, ha perdido todo lo bueno que, en medio de sus grandes vicios, distinguía á sus antepasados, y en cambio ha adquirido el lenguaje soez del pueblo bajo, la indiferencia religiosa y política de los ateos, y la ignorancia de los ilotas.

El *pisaverde*, por ejemplo, no se diferenciaba de los otros hombres sino en usar mas estrechas y lustrosas sus botas á la *bombée*, en llevar dos relojes en vez de uno, el pelo mejor empolvado, y *chupa* y casaca de tela mas costosa y bordadas con mas primor. Por lo demás bailaba con mucha decencia y compostura el *minué* y la *gabota*; hablaba con respeto de *señor padre* y *señora madre*; no se permitía jamás una expresion algo libre delante de señoras ni de hombres de mas edad que él; creía en Dios é iba á misa los domingos y otras fiestas de guardar; y no imaginaba degradarse cuando al pasar SS. MM. se descubría la cabeza. El *pisaverde* entraba en el teatro de Ramos á Pascuas, y entonces ni siquiera se le ocurría molestar con sus guiños á las damas de la *cazuela* y la *tertulia*, porque absorbía todas sus facultades la música de una *trana* ó los pasos del *bolero*.

Compárese luego la inocente fatuidad del *pisaverde* con la desvergonzada desvergüenza del POLLO y se verá lo que hemos ganado en el trueque.

Y lo que decimos del *pisaverde* puede aplicarse con ligeras variantes al *petimetre* y al *lechuguino* y alcanza en mucho al *romántico*; porque este, aunque con sus puntas y ribetes de liberalote y filántropo, fué un sér inofensivo de larga melena, de mirada dulce como la del cordero, y de afeminado porte como un patricio de la decadencia romana. Hombres que usaban corsé para tener buen talle y bebían vinagre para dar á su rostro la palidez del dolor físico ó moral, serían todo lo ridículos que se quiera, pero no perjudicaban á la sociedad. Cada uno es dueño de constituirse en *hazme-reír* de los demás, siempre que no se empeñe en hacerlos reír á la fuerza.

El *calavera* es el que tiene mas puntos de contacto con el tipo que vamos diseñando, porque, como suele decirse, le ha criado á sus pechos. Sin embargo, al recordar el ascendiente y al ver despues al descendiente, se nos ocurre la misma reflexion, que cuando establecemos un paralelo entre nuestros entecos militares de hoy, que apenas pueden con el fusil y la mochila, y aquellos fuertes guerreros que entraban en los combates cubiertos de hierro de pies á cabeza. El *calavera* al ménos tenia el valor de confesarse vicioso en una sociedad en que predominaba la virtud, y en medio de la calle, á la luz del día, realizaba cualquier proyecto, por descabellado y expuesto que fuese; al paso que el POLLO es hipócritamente vicioso y carece de valor y resolucion. Por eso decíamos al principio que el POLLO reúne todo lo malo de sus antecesores sin poseer ninguna de sus *cualidades atenuantes*.

Vosotros, hermanos del otro Mundo, no podeis apreciar esta diferencia, porque teneis la fortuna de no conocer al POLLO: para vosotros, pues, son los párrafos que siguen, y Dios libre á vuestro continente de esa plaga de niños sin educacion y de viejos que han olvidado la que recibieron, que inunda calles y paseos dirigiendo palabras descorteses y atrevidas miradas á nuestras madres, á nuestras hermanas ó á nuestras esposas. Si un día aparece semejante raza en ese suelo privilegiado, exterminadla al punto por el hierro y el fuego, pues es mas temible que las fieras y reptiles de vuestros vírgenes bosques.

Juzgad sino.

Los *tontos no tienen patria*, ha dicho con mucha gracia y oportunidad el festivo Ventura de la Vega; esto mismo puede aplicarse al POLLO, porque profesa al país en que ha nacido el mismo amor que á la camisa que lleva puesta. Que España se hundiera por la anarquía ó la esclavitud, al POLLO se le importa un comino, pues la política le *carga*. Para él *tan buenos son los unos como los otros, y los que vengan harán buenos á estos, y nunca ha de faltar Rey que nos mande y Papa que nos excomulgue*. La filosofía de lugar es el fuerte de nuestro tipo.

Andaluz ó gallego, catalán ó navarro, el POLLO se acimata fácilmente en Madrid si tiene padres ó tios que le envíen sus veinticinco ó treinta duros mensuales. El POLLO nacido en la corte es el prototipo de la especie; no es de extrañar por esta razon que el POLLO provinciano le tome por modelo y hasta que exagere sus *inverosímiles maneras* y su desmedido atrevimiento. A los pocos meses maestro y discípulo, catequista y neófito se parecen como dos gotas de agua, se refunden en uno que va á engrosar la inmensa falange de necios que pulula por todas partes. En honor de la verdad debemos decir que las provincias del Mediodía son las que suministran mayor contingente para la renovacion de la raza.

El POLLO nace viejo. Sin fé, sin creencias, sin las ilusiones de la juventud, sin amor á la gloria, sin corazon, por decirlo así, es un sol que toca al ocaso sin haber pasado por el cenit. A los diez y ocho años *ha corrido ya lo bastante para que no se la peguen*. El amor es á sus ojos un juego de toma y daca, cuyas impresiones no pasan del chaleco; la mujer le parece un mueble de

lujo propio para satisfacer su ridícula vanidad, mueble que como de ciertas telas dicen las señoras, *no pierde nunca*; las prácticas religiosas se le fizaran achaque de viejas, pues los que por razon natural deben morir pronto son los que han necesidad de *ponerse bien con Dios*, que á los demás *tiempo les queda para arrepentirse*; la esposa y las esposas que se ponen á los presos se le representan igualmente opresoras, y repite á este propósito la observacion de Tirso de Molina que *de casado á cansado solo va una letra*.

Pero no generalicemos la cuestion, y así como para describir una familia ó un género cualquiera elige el naturalista un individuo *pur sang* de esa misma familia ó género, cacemos á la ventura un POLLO perfecto, y con el escalpelo de la critica hagamos su diseccion fibra por fibra.

¿Nos servirá de reclamo esa preciosa niña de diez y seis afeites que meciendo el cuerpo á compás baja al Prado dando saltitos, acostumbrada apenas á la falta de los pantalones infantiles? Así parece que debia ser; pero por una incomprendible rareza de carácter esas jóvenes de casto mirar y cutis trasparente, de albo seno y sonrisa de ángel, esas jóvenes que son el encanto de los hombres formales, no tienen atractivo alguno para el POLLO, que las llama *chiquillas*. El POLLO gusta de las mujeres gruesas, caranchas, descocadas, elegantes, callejeras, lenguaraces, en una palabra, *tormentosas*; y muy particularmente de las mujeres casadas. Estas son para él lo que Sebastopol para Pelli-sier, su envidia, su gloria, su esperanza. Una casada le desconcierta, le abrasa, le enloquece, le aniquila. No perdamos, pues, de vista á esa morena del vestido blanco y los claveles encarnados, y no tardaremos en hallar lo que buscamos.

¡Ya pareció aquello!

Antoñito se acerca con desenfado, presenta la mano á la morena y para preguntarle por su salud, por su esposo y los niños se aproxima tanto á su oído, que no parece sino que va hablando con gran misterio y pasión. Mientras esto hace, observa con el rabillito del ojo la impresion que su *fortuna* causa en los POLLOS que encuentra al paso. La morena le acoge benévolamente, si bien con cierta expresion de lástima que su interlocutor toma por afectado desden, y le oye *como quien oye llover*.

— ¿Vd. siempre tan mona?

— ¿Y Vd. tan lisonjero?

— Nada de eso, la verdad nunca fué lisonja. Es Vd. muy linda.

— Gracias.

— Y muy amable.

— ¡Oh!

— Y muy discreta.

— ¡Ah!

— Y muy... A los pies de Vd., Dolores, hasta luego.

Antoñito se separa tan bruscamente de la morena porque ha visto á lo lejos á una viuda amiga de su madre, que le ha conocido en mantillas. La viuda se conserva bien, tiene mucha confianza con ella, pues le trata como si aun fuera niño, lleva un vestido nuevo y el pelo á la Emperatriz; Antoñito, que es muy pillo, según él mismo dice, pasea un rato con la viuda para que rabie la casada — ¿qué decimos la casada? — las casadas y las solteras y las viudas que se despeitan por él y le acosan y le fastidian.

Conseguidos estos y otros *triumfos* semejantes, Antoñito busca á sus amigotes, otros mozos imberbes tan tontos como él que están sentados junto á un farol para ver bien á los paseantes, y exclama tomando una silla:

— ¡Gracias á Dios que *me dejan* un momento! ¿Me habeis visto con la mujer de...

Y pronuncia á grandes voces un nombre propio.

— ¿Pues no hemos de verte? ¡Y poco *arrocinado* que ibas!

— ¿Es envidia ó caridad?

— ¡Envidia! Conquistas como esa las hace uno todos los días.

— Poco á poco, señores, que eso es suponer...

— Dalo por supuesto.

— Y es buena moza.

— Bien formada...

— Ancha de hombros...

— Y con la viuda, ¿qué tal te va?

— ¡Pst! se deja querer.

— A propósito de viudas, ¿sabeis que he puesto sitio á una?

(El que así se expresa es un cadete.)

— ¡Tú!

— ¿Dónde dejás á Laurita?

— Me he cansado de ella. No estoy ya por los amores platónicos, y aunque con Laurita no me ha ido tan mal...

— ¡Chico!

— ¡Bravo!

— ¡Que lo cuente!

— Decía, señores, que una viuda...

— No, lo de la soltera.

En esto se oye á lo lejos el reloj del Cármen que da las once, y la *pollada* se dispersa. Los mas perezosos aligeran el paso viendo en lontananza la imagen de papá con un baston en la mano; pero así como un ejé-cito en dispersion es una nube de langosta que cae sobre los infelices pueblos que halla en su camino, así tambien el POLLO nunca es mas fastidioso que cuando va en retirada. Entonces todas las mujeres que encuentra son divinas, encantadoras, celestiales, preciosas ó monísimas.

Antoñito es uno de los que mas apriesa suben la calle de Alcalá; su madre tiene un genio de los diablos, y se ha empeñado en que el pobre chico se retire á las diez de la noche en invierno y á las once en verano. Semejante tiranía es insufrible, denigrante; pero hoy por hoy Antoñito no tiene mas remedio que aguantarse, porque su sueldo de meritorio octavo en el ministerio de Hacienda no alcanza para vivir independiente. ¡A buen seguro que tolere que nadie le imponga la ley el día que ascienda á escribiente duodécimo! Entonces verá *la vieja* quien es Antoñito.

Nuestro hombre (hablamos en sentido figurado) vino al mundo en cueros y se encuentra vestido: este es el único favor que debe al que todo lo hace, porque es feo, pobre y tonto de capirote. La naturaleza que viste de pluma á las aves, de escamas al pez y de lana ó pelo á los cuadrúpedos, le ha provisto de un frac, un pantalón, un chaleco y otras prendas que cubren sus carnes. (La naturaleza, mas humana y amiga de la moral pública que los ministros de Hacienda españoles, ha comprendido que ni aun los hijos de viuda, los empleados y los cesantes, pueden andar por esas calles como su madre les parió.)

Antoñito fué de pequeño bastante travieso. Manejaba el peon y la pelota con tanta habilidad como el primero, hacia de toro y de lidiador con la misma destreza, rompía en un dos por tres los cristales al zapatero de enfrente y echaba cada taco que era un gusto el oírlo: ¡Ojalá hubiera manejado el *Calepino* y el *Vallejo* tanto como el peon y la pelota! Pero en punto á estudiar Antoñito dijo *nones* y se salió con la suya. A los quince años recitaba con pena la fábula de la *Zorra y las uvas*.

Su madre, viuda de un administrador de rentas, estaba aburrída con aquel hijo tan inútil; no sabia qué hacer con él. O militar ó empleado, eran los únicos caminos que le quedaban. La afligida señora optó por el último, en razon á no contar con recursos bastantes para que Antoñito sintiera sobre sus orejas el peso de un chacó. El niño entró de meritorio en una oficina, á cuyo feliz acontecimiento debió el que su madre le comprara un traje nuevo en las roperías de la calle Mayor, pues en su calidad de empleado sin antigüedad ni sueldo no era decoroso presentarse hecho un Adán. Aquel malhadado traje y dos Napoleones que le dió un tío le convirtieron en POLLO.

Desde que Antoñito tuvo *una posicion* y un frac con el pelo de la fábrica, se dió á luz, bajó al Prado, entró en el Suizo, fumó, juró, murmuró, requebró, mintió, se hizo, en fin, un imberbe inaguantable, un POLLO-MODELO. Dos ó tres compañeros de oficina, un estudiante de leyes, un marquesito, un subteniente de infantería y otros cuantos jóvenes de su misma edad fueron los sacerdotes que le iniciaron en los grandes misterios del *arte de pollear*, mas sabido hoy que lo fué en su tiempo el *Ars amandi*.

Con ellos aprendió á entrar en el teatro seis ú ocho amigos con un solo billete, asistiendo cada cual á una sexta ú octava parte de funcion, pero el tiempo necesario para dejarse ver de sus *amigas*; con ellos fué á diferentes bailes de confianza, donde abusando de la que les dispensaban pobres y honradas gentes, danzaban de una manera capaz de ruborizar á los concurrentes habituales á *Chateau-Rouge* y á *Mabille*, tipos en su clase; con ellos repasó ese diccionario de sandeces y lugares comunes, con el cual muelen al prójimo las personas sin instruccion; con ellos penetró en los templos para distraer á los fieles con su ir y venir, sus lentas, sus miradas y sus conversaciones, casi siempre indignas de aquellos recintos sagrados; de ellos tomó lecciones para quitar la honra á cualquiera, mas bien por ligereza que por maldad, para burlar al sastre, al zapatero, al mozo del café, y para *sacar los cuartos* á su madre. Antoñito, que tenia en sí el *virus* de la enfermedad que padece nuestra juventud, aventajó á sus maestros y no saludó á mujer con quien no dijera que estaba *en relaciones*, ni habló de marido que no fuese... desgraciado, ni mentó á Dios sino para mofarse de él, ni abrió libro, ni comprendió virtudes, ni respetó canas.

Como todos los POLLOS, Antoñito cree que *ha visto mucho* y que conoce el mundo palmo á palmo; así que, apesar de que todavía no le apunta el bozo, habla siempre en pretérito, — *amé, creí, recé, obedecí*. El presente le usa anteponiendo el irregular del nombre *yo*, — *me aman, me buscan, me envidian, me comprometen*. Fuma por cuatro contrabandistas, jura con su voz de triple por veinte carreteros, y á tener que derrochar derrocharía por cien cubanos en la península, pues su afición á los *goces materiales* no reconoce límites: incapaz de comprender los del espíritu, los únicos que vierten sobre el alma ulcerada el bálsamo del consuelo y sobre el alma virgen un rocío bienhechor que mantiene viva su pureza, mira con desden y lástima á la generacion que desaparece, á esa generacion aparentemente ménos ilustrada que la nuestra, porque era ménos frívola, ménos altiva porque era mas noble, ménos agitadora porque era mas modesta, ménos corrompida porque era mas cristiana. ¡Generacion dichosa que hoy nos inspira respeto y hácia la cual volveremos mañana los ojos con envidia!

En Antoñito, en el POLLO está personificada la mayor parte de nuestra juventud... ¡Quiera Dios que dentro de cuarenta años no pueda escribir un chusco al frente de este artículo una parodia de *Lesage*: AQUÍ ESTÁ ENCERRADA EL ALMA DEL SIGLO XIX.

CARL. DE PRAVIA.

Revista de Paris.

Si brillante fué la entrada de la reina Victoria en Paris, no lo ha sido ménos su salida. En la noche del último domingo se habían hecho todos los preparativos de viaje, y la reina y su comitiva seguían a las once de la mañana del lunes el itinerario marcado en el programa. En la carrera formaban, como a su venida, la guardia nacional y el ejército. Los trofeos, los arcos de triunfo elevados sobre los boulevards se habían conservado ó restablecido; las casas estaban adornadas nuevamente, y la muchedumbre esperaba con su constancia acrisolada el paso de la Reina, mas compacta, si cabe, que en los otros días. El aparato fué mayor que á su entrada. El carruaje donde iban la reina de Inglaterra, el Emperador y la familia real, blanco y oro, producía un efecto sorprendente. Toda la corte, todos los altos funcionarios del Estado y el cuerpo diplomático acompañaron á su majestad británica. El embarcadero del ferrocarril había conservado sus antiguos adornos, pero esta vez la compañía tenía preparado un wagon régio, de un nuevo modelo, dividido en tres compartimientos; el primero se compone de una entrada que forma el vestíbulo, de un gabinete de tocador y un cuarto de descanso; el segundo forma una sala con divanes para veinte personas, y en el último se ven iguales disposiciones que en el primero. Las tres piezas principales ostentaban magníficas coladuras de seda blanca y de color de perla, y el wagon entero se halla pintado de un color verde inglés con filetes dorados y arabescos ligeros.

A las doce y media una salva de 101 cañonazos nos anunció que la reina Victoria y su augusta familia dejaban la capital de la Francia donde tantas simpatías encontraron. El Emperador fué por segunda vez hasta Boulogne, donde despues de una revista y un gran banquete, presencié el embarque de la Reina y el príncipe Alberto con su comitiva á bordo de su yacht para su residencia de Osborne.

Decíamos en nuestra última revista que la habitación y la comida eran cosas fantásticas en Paris durante esta visita de la reina Victoria; nada mas cierto. Hay quien supone que en las fortificaciones de la capital se habían establecido campamentos por los proscritos á quienes la inhospitalidad de los fondistas obligaba á dormir bajo la bóveda de los cielos. Estos desterrados de la civilización se llevaban consigo sus mujeres y sus hijos; extendían sobre la yerba pañuelos y capas; vaciaban el saco de noche que contenía algunas provisiones compradas ó arrebatadas en las aldeas próximas, apaciguaban el hambre, compañero eterno de los viajes, y como aquellas turbas de gente alegre y regocijada que decía D. Quijote, se dormían dichosos á la luz de las estrellas.

Pero si en rigor hay ocasiones en que para dormir se puede prescindir de una cama, para alimentarse no se conoce aun el medio de prescindir de la comida. Y la comida es un problema cotidiano en Paris desde hace quince días, no porque las fondas no estén abiertas, al contrario se podría decir que á ninguna hora se cierran, sino porque en balde se reclama la atención del mozo que sirve la mesa arrebatada por asalto.

El afortunado poseedor de una silla á la punta de una mesa principia por esperar pacientemente. Delante de sí tiene un plato, un cuchillo, un tenedor, un vaso y una botella de agua; á veces tiene también un panecillo. Los mozos atontados corren por todas partes.

— Mozo, la sopa, dice el recién llegado.

— Al instante, grita el mozo, y la petición y el grito se renuevan durante algun tiempo, hasta tanto que el pobre que espera desesperado ya se pone á gritar como un furioso.

Y el mozo repite: Al instante, y al cabo de cincuenta minutos se descuelga con un manojo de rábanos ó con un huevo pasado por agua.

Pero ¡ay del que se incomoda seriamente! lo mejor que hay que hacer es contentarse con el huevo ó con los rábanos, mientras viene otra cosa. En general, la comida dura sobre unas tres horas, y lo que se come es detestable y á precios horribles.

Un carnicero, un hombre de genio ha tenido la idea de adquirir por buen dinero contante y sonante un vasto salon consagrado hasta hace poco al baile ligero, y en esa llanura desierta donde se tocan hácia el infinito las perspectivas de muchos horizontes el especulador ha amontonado cien cocinas de Titanes de porcelana blanca coronadas de flores, y bajo los hornillos arden en su cueva todos los volcanes de la Sicilia con su lava irritada y terrible. Allí, en ese gran templo donde un batallón hambriento que se presentara á saciar su apetito no produciria mas efecto que un elegante en el café inglés sorbiendo la mitad de un par de huevos, las terneras asadas y los jamones de color de rosa tropiezan con las montañas de roastbeefs chorreando sangre: se diria un banquete gigantesco dado por Prometeo á toda su raza en alguna selva de la Tesalia. Pues sin embargo, en los quince días de que vamos hablando tan difícil ha sido obtener allí un bocado de cualquier cosa que fuera, como lo sería hallar en todo el Océano un diamante arrojado á la rabia de las olas por una mano bonita y caprichosa. En la noche de la llegada de la reina de Inglaterra, despues que en ese infierno se habían servido ya seis mil comidas, había á las siete y media mas de trescientas personas á la puerta que quizá habrían devorado todos sus niños sin la presencia de los guardias municipales que estaban muy alerta.

Se han visto en las casas mas célebres de Paris combates reñidos y escaramuzas, batallas de palabras y batallas sangrientas, hipocresías, astucias de guerra, cuanto puede ponerse en juego en circunstancias apuradas como eran aque-

llas. Cuéntase que dos señores rubios, testarudos y flemáticos, por consiguiente dos ingleses, se disputaron un plato de roastbeef con tanta paciencia, con tanta lógica en sus ideas, que el plato y el roastbeef se separaron en dos partes exactamente iguales, y cada uno de los combatientes sin pronunciar siquiera una palabra se puso á comer su mitad de roastbeef en su mitad de plato. Aun se enseñan los dos pedazos de porcelana, que parecen cortados en efecto con una precision matemática.

Otro inglés, un jóven muy rico y con sus puntas de poeta, rasgó una hoja de su librito de memorias para escribir á la señorita que desde el mostrador transmite al cocinero por una ventanilla las locas pretensiones de los convidados, el billete siguiente:

« Señorita: — Me parece Vd. muy hermosa y muy bien educada; tengo 20,000 libras esterlinas de renta y me muero de hambre. Vea Vd. delante de mí en la mesa un reloj de Breguet, si dentro de tres minutos me traen un beefsteak, puede Vd. disponer de mi mano y de mi fortuna. »

Precisamente la jóven tenia en aquel instante en la mano un rico beefsteak y vaciló un minuto, pues si todo se ha de decir, está para casarse; pero ¡inútil meditacion! el plato fué robado por un atrevido que con asombro de los circunstantes se había llevado su presa á un rincón y la devoraba sin pensar que estaba tragándose el equivalente de una fortuna régia.

No hay para que decir que el comercio parisiense se halla nadando en la alegría con esta afluencia inusitada de consumidores, y lo mas notable es que venden á porfia aquellos artículos de que en vano habían pretendido deshacerse hace muchos años. Un amigo nuestro, y sentimos dar publicidad á esta anécdota, pero bueno es que confesemos los pecados de nuestros compatriotas ya que tantas veces declaramos los de los agenos, un amigo, decimos, jóven madrileño de un gusto refinado en el vestir como se acostumbra por su tierra y la nuestra, no queria marcharse de Paris sin llevarse una docena de camisas bordadas de las de mas precio. Juntos fuimos, pues, á casa de un camisero célebre que al oír nuestra demanda, nos dijo con extrañeza:

— ¡Cómo! ¿tan mal informados están Vds. de lo que pasa hoy en Paris?

— ¿Qué pasa pues?

— Han de saber Vds. que no tengo en toda mi tienda una sola camisa bordada, ni una corbata bordada, ni un pañuelo bordado; los extranjeros que visitan hoy la Exposición se han figurado sin duda que sin una pechera bordada no podrian estar al nivel de la elegancia parisiense. Hemos vendido cuanto teníamos, camisas de ojetes, de guirnaldas, de mirto y de laurel, camisas bordadas al plumetis, con cadenetes, con festones, con adornos egipcios del tiempo de la campaña de Egipto, todo se ha despachado, hasta las que representaban la batalla de Marengo. — Sin embargo, se mandarán bordar, si Vds. lo desean.

El amigo consintió en ello; cada país tiene sus gustos.

Ya que hablamos de compatriotas, diremos que anda por Paris un tal Genaro, andaluz, que es un fenómeno. Genaro se dice andaluz de profesion, y desafía á todos los caballos de todas las razas conocidas á velocidad y duracion en la carrera. Tan seguro está de vencer que apuesta 2,000 francos contra cada caballo que le presenten; debe matarlos á todos de cansancio, y cuando los animales caigan rendidos uno detrás de otro, Genaro seguirá corriendo. Una comision de miembros directores de las carreras de caballos de Longchamps quiso cerciorarse de esto, y en efecto el miércoles último el andaluz para probar sus fuerzas corrió dos leguas en ocho minutos. El jueves la probatura fué mas larga: Genaro corrió veinticinco leguas de seguido en la llanura de Longchamps en cuatro horas justas; no hay caballo que ande la mitad en ese tiempo. La apuesta, sin embargo, está aceptada para las próximas carreras en ese hipódromo, que tendrán lugar en breve.

Un periódico belga dió hace pocos días un gran susto al famoso novelista francés Alejandro Dumas, con la siguiente noticia de cuya veracidad salia garante:

« Hace un par de semanas, un octogenario que vive en Poitiers y que posee una fortuna de seiscientos mil francos sin herederos legítimos, mandó que le leyeran durante una enfermedad que le postró la novela de Alejandro Dumas *El conde de Monte-Cristo*. La obra le dejó maravillado. Le dijeron entonces que el autor poseía en Saint-Germain de Laye una propiedad á la cual había dado el nombre de su novela, pero de la que se había visto obligado á deshacerse, y sin querer saber mas, toma una pluma y escribe lo siguiente al célebre novelista:

« Muy señor mio: Soy hombre de edad, estoy enfermo y soy rico. Durante mi enfermedad me han leído vuestra novela *Monte-Cristo* que ha contribuido de una manera maravillosa con su interés á calmar mi fastidio disminuyendo mis sufrimientos. Como no tengo hijos y me veo expuesto de un momento á otro á que Dios me llame, creo que lo mejor que puedo hacer es dejar una parte de mi fortuna á un autor á quien debo tan buenos ratos. Divido pues mi fortuna en dos partes y dejo una mitad á los pobres de Poitiers y á vos la otra mitad.

» Con este motivo me cabe el gusto de ofrecerme, etc. »

Alejandro Dumas supo la noticia como todo el mundo por conducto del periódico belga, á pesar de la carta que suponian había recibido, y previas algunas informaciones que le demostraron la falsedad de la aventura, escribió un comunicado á los periódicos diciendo que la herencia era un cuento muy poco divertido, como en efecto lo es, no solo para él, sino para muchos individuos que tienen sus razones para desear que un día se halle al frente de una gran fortuna.

MARIANO URRABIETA.

LA CARIDAD Y LA GRATITUD.

Si me presta sus favores
Precisa y fiel la memoria,
Voy á contaros la historia
De un arroyo y de unas flores.

Recuerdo que la leí,
Y ganó mi corazón;
Pero prestadme atención:
La historia comienza así.

Por la rápida pendiente
De una montaña sombría,
Un débil arroyo huía
De la furia de un torrente.

Despeñábase violento,
Y con rapidez tan suma,
Que convertido en espuma
Iba en las alas del viento.

De tan penoso camino
El pobre arroyo cansado,
Llegó á la margen de un prado
De la montaña vecino,

Donde en diversos colores
Alzando sus sueltos talles,
Formaban listas y calles,
Mirtos, laureles y flores.

Y allí su planta ligera
Detuvo, formó un remanso,
Y apenas tomó descanso,
Murmuró de esta manera:

— « ¡Triste de mí! mal intento
Salvar mi clara corriente...
Es poderoso el torrente,
Y sigue audaz y violento.

» Y entre sus ondas oscuras,
Por breñas y peñascales,
Turbios irán mis cristales,
Perdidas sus ondas puras.

» En vano de la montaña
Abandono el seno inculto...
¡En dónde, en dónde me oculto
De su poderosa saña! »

Calló el arroyo y sentido,
Dice la historia, y pausado
Por los recintos del prado
Se oyó volar un gemido.

Y al soplo del aura fieles,
Doblando los sueltos talles,
Abrieron sus mansas calles
Mirtos, flores y laureles.

Y por callar el dolor
Del arroyo y las congojas,
Unieron sus verdes hojas
Para ocultarlo mejor.

El, viendo tales favores,
Y llorando de ternura,
Se ocultó entre la espesura
Que le formaron las flores.

Y por si el eco le asombra,
Cuando silencio reclama,
Se tendió la verde grama
Para servirle de alfombra.

Así el arroyo callado
Salvó su clara corriente
De la furia del torrente
Entre las flores del prado.

Aquí, sin que la fatigue,
Recuerda bien mi memoria
Que haciendo punto la historia
De esta manera prosigue.

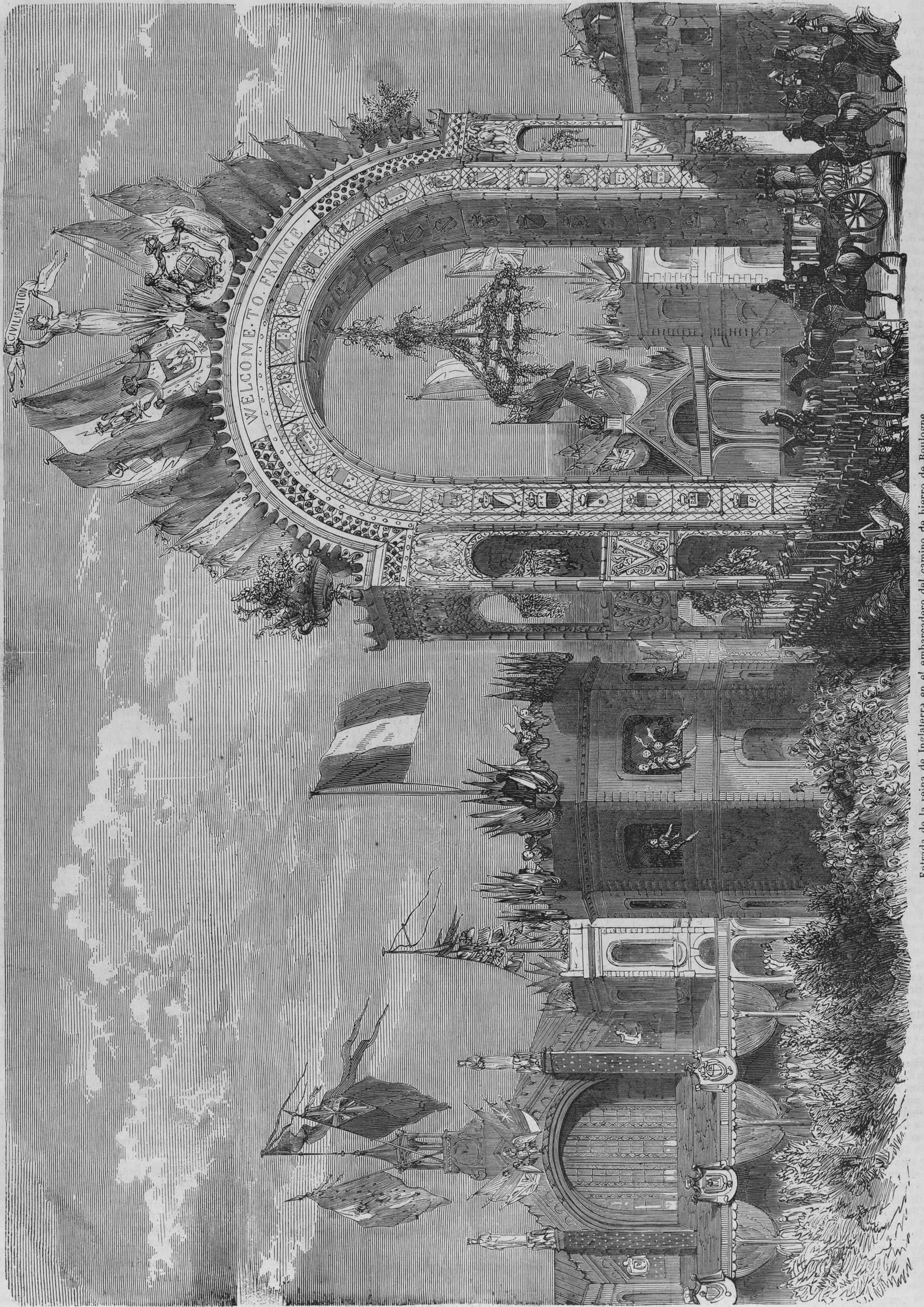
Viéronse desde este día
A las bienhechoras flores
Lucir mas bellos colores,
Mas pomposa lozanía.

Tan ricas y tan hermosas
Eran, y tanto admiraban,
Que de muy lejos llegaban
Por verlas las mariposas.

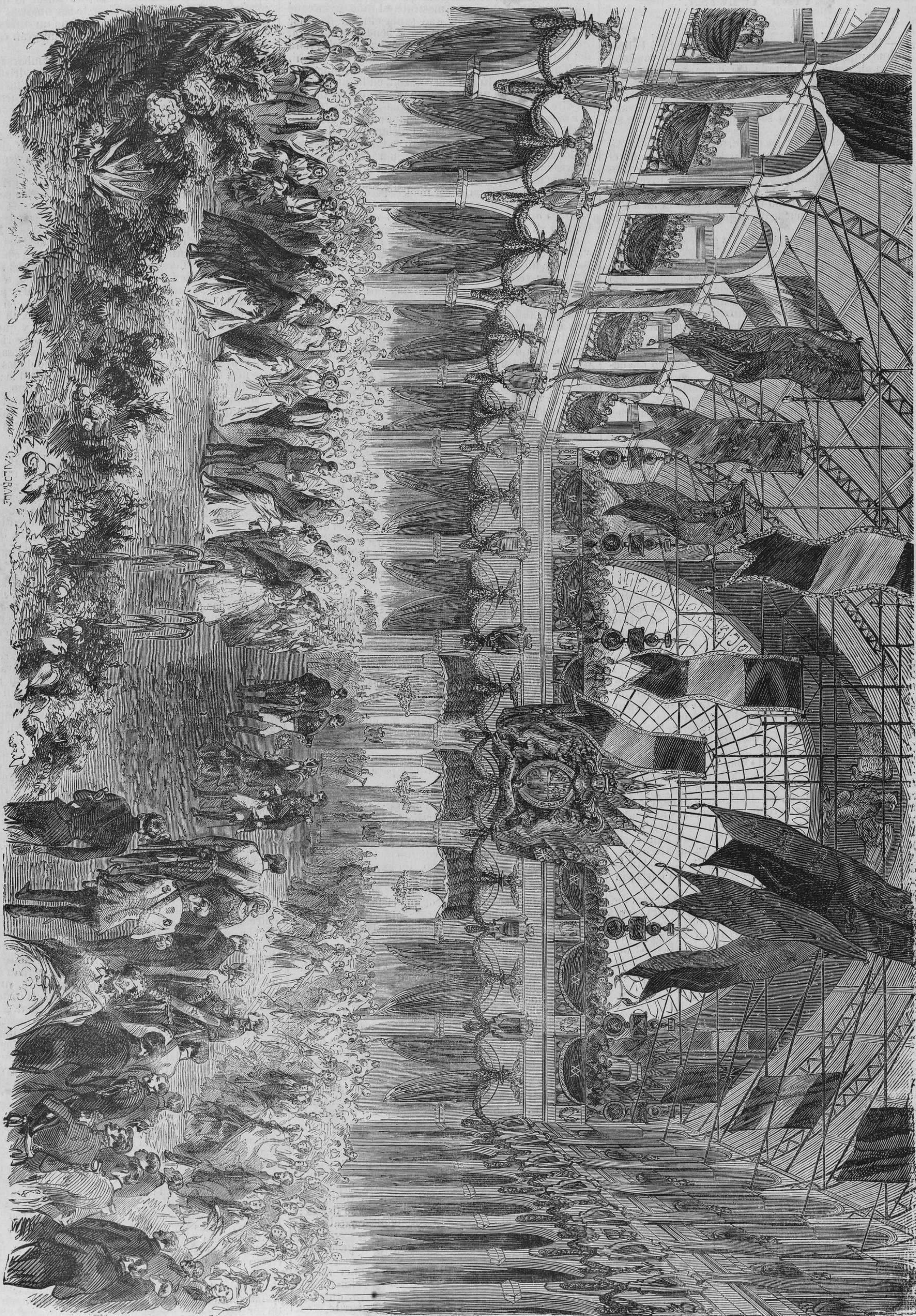
¿Quién en el prado ha vertido
Tanta gala y hermosura?
La gratitud tierna y pura
Del arroyo agradecido.

Sin ellas él no vería
Su corriente tan serena;
Y ellas murieran de pena
Sin su dulce compañía.

José SELGAS Y CARRASCO



Entrada de la reina de Inglaterra en el embarcadero del camino de hierro de Boulogne.



Llegada de la reina de Inglaterra al embarcadero del camino de hierro de Estrasburgo.

J. W. G. GALLBRAVE

ELVIRA Y LUISA.

(Continuación.)

— Deseo que vayamos á la Crampade, dije á Felipe, porque quizá Dios me dará allí un hijo; yo también quiero ser madre... aunque sin embargo, mucho se dividiría mi corazón entre tí y un hijo. Desde luego si viese que preferías á mí una criatura, aun cuando fuese mi hijo, no sé lo que sucedería. Medea podría quizá tener razón; algo se encuentra bueno entre los antiguos.

Felipe se echó á reír. De modo, querida mía, que tú tienes el fruto sin las flores y yo tengo las flores sin el fruto. Continúa el contraste de nuestro destino. Poseemos, gracias á Dios, bastante filosofía para investigar alguna vez el sentido y la moral de este contraste famoso; pero en fin, yo no llevo más que diez meses de matrimonio, no se puede decir que haya tiempo perdido.

Hacemos la vida disipada de las gentes dichosas. Los días me parecen siempre demasiado cortos. El mundo que me ha visto ahora hecha una mujer, ha encontrado á la baronesa de Macumer mucho más bonita que lo era Luisa de Chaulieu. Cuando por uno de esos hermosos días de sol que hay en el mes de enero salimos Felipe y yo y atravesamos en nuestro carruaje esa hermosa arboleda de los Campos-Eliseos cubierta de nieve, delante de todo París y reunidos allí donde el año último estábamos separados, me vienen pensamientos á morfonos y temo ser un poco insolente, como me decías en tu carta.

Si desconozco los gozos de la maternidad tú me pondrás al corriente de ellos y seré madre por tí, pero á mi juicio, nada es comparable con las voluptuosidades del amor. Vas á decir que soy muy estrambótica, pero hé aquí diez veces en diez meses que sorprendo en mí el deseo de morir á treinta años en todo el esplendor de la vida, en las rosas del amor, en el seno de las voluptuosidades, de morir sin desengaños, habiendo vivido en ese sol, de lleno en el éter, y hasta un poco acabada por el amor, sin haber perdido nada de mi corona, ni una hoja siquiera, y llevándome todas las ilusiones á la tumba. Piensa, pues, lo que será tener un corazón joven en un cuerpo viejo, el hallar figuras silenciosas, frías, allí donde todo el mundo, hasta los indiferentes, nos sonreían, el ser, en fin, lo que llaman una mujer respetable.... debe ser el infierno anticipado.

Sobre este punto hemos tenido Felipe y yo nuestra primera contienda. Yo quería que él tuviese fuerza bastante para matarme á los treinta años, mientras estuviese durmiendo, para que pudiera pasar así de un sueño á otro, pero el monstruo no ha querido. Le amenacé con dejarle solo en la vida y se puso pálido como un muerto; querida mía, ese gran ministro está hecho un niño; parece mentira que se ocultara en él tanta juventud y sencillez; ahora que pienso en voz alta con él lo mismo que contigo, pues le tengo á ese régimen de confianza, ambos nos maravillamos á porfía.

Los dos amantes, Felipe y Luisa, quieren hacer un regalo á su querida Elvira; desearíamos saber cuál es tu gusto; dínos francamente lo que deseas, pues eso de hacer sorpresas es cosa de tontos. Queremos estar siempre presentes á tu memoria por un amable recuerdo, por una cosa que sirva todos los días, y no perezca por el uso. La hora del almuerzo es para nosotros el momento más alegre, más íntimo, más animado, pues siempre estamos solos, y así he pensado en mandarte un servicio especial de porcelana para almuerzo, adornado todo con figuras de niños. Si te parece bien la idea respóndeme pronto, pues para que le podamos llevar es preciso encargarle, y los artistas de París son como los reyes holgazanes.

Adios, querida madre, te deseo todos los placeres de las madres y espero con impaciencia la primera carta en que me digas todo lo ocurrido; el comadron me da miedo; esa palabra de la carta de tu marido me ha salvado no á los ojos, sino al corazón. ¡Pobre Elvira! Un hijo cuesta caro, ¿no es verdad? Yo diré á mi ahijado cuánto debe amarte; adios, querida mía.

XXXI.

ELVIRA DE LA ESTORADE Á LUISA DE MACUMER.

Pronto hará cinco meses que nació mi hijo y todavía no he podido disponer de un instante para escribirte. Cuando seas madre sabrás perdonarme mejor que hoy, pues me has castigado un poco escaseando tus cartas. Escíbeme, amada Luisa: dime todos tus placeres, píntame tu felicidad con todos sus colores, derrama el azul celeste sin temor de afligirme, pues soy dichosa, más dichosa de lo que nunca podrías imaginarte.

Salí, pues, de casa la primera vez para ir á la parroquia á oír una misa de toda gala, como es costumbre en nuestras antiguas familias de Provenza. Los dos abuelos, el de Luis y el mío, me daban el brazo. ¡Ah! nunca me había arrodillado delante del Señor con el alma tan henchida de reconocimiento. Tantas cosas tengo que decirte, tantos sentimientos que pintarte, que no sé por donde principiar, pero del seno de esta confusión se eleva un recuerdo radiante, ¡el de mi oración en la iglesia!

Cuando en aquel mismo lugar donde antes dudé de la vida y de mi porvenir, me encontré metamorfoseada

en madre alegre, se me figuró que la Virgen del altar inclinando la cabeza me mostraba el niño divino que pareció sonreírme. ¡Con qué santa efusión de amor celeste presenté mi tierno niño á la bendición del cura, que le echó el agua de socorro mientras llega la hora del bautismo! Pero ya nos verás juntos á mi hijo y á mí.

Hija mía, ¡te llamo mi hija! pero es porque no hay una palabra más dulce en el corazón, en la inteligencia y en los labios de una mujer que acaba de ser madre. Te diré pues, querida hija mía, que durante los dos últimos meses me arrastré muy lánguida por nuestros jardines, cansada, rendida por la incomodidad de aquel peso, que ignoraba fuese tan caro y tan dulce á pesar de los enojos de esos dos meses. Tenía ideas siniestras, previsiones horribles, pero raciocinaba y me decía que nada de lo que quiere la naturaleza es de temer, y me prometía á mí misma el ser madre. Pero ¡ay! no sentía nada en el corazón mientras pensaba en aquella criatura que me anunciaba que no estaba dormida; cuando ya se han tenido hijos se puede desear recibirlos, pero por la primera vez esos anuncios de una vida desconocida causan más asombro que placer. Te hablo de mí, que no soy ni falsa ni teatral, y cuyo fruto más venía de Dios, pues Dios nos da los hijos, que de un hombre amado; pero dejemos esas tristezas pasadas, que creo no volverán nunca.

Cuando llegó la crisis, reuní en mí los elementos de una resistencia tan grande, me prometí tales dolores, que dicen soporté admirablemente aquel horrible tormento. Una hora, amiga mía, pasé abandonada á un estado de aniquilamiento cuyos efectos todos se asemejaban á los de un sueño. Me sentí despedazada en dos, pero el alma estaba placida, y en esa situación singular el dolor floreció como una corona sobre mi cabeza. Figuróseme que una rosa inmensa salida de mi cráneo se engrandecía y me envolvía toda. El color rosado de esa flor sangrienta llenaba la atmósfera y mis ojos lo veían todo encarnado. Llegada de este modo al punto en que parece va á efectuarse una separación entre el alma y el cuerpo, sentí un dolor que me hizo creer en una muerte inmediata. Lancé gritos horribles, y hallé nuevas fuerzas para soportar nuevos dolores. Pero ese espantoso concierto de clamores de súbito se halló ahogado en mí por los lloros argentinos del pequeño ser que había visto la luz; no, nada puede pintarte ese momento; me parecía que el mundo entero gritaba conmigo, que todo era dolor, y sin embargo, todo quedó como apagado por el grito débil de mi niño.

Me llevaron á la cama donde entré como en un paraíso, aunque estaba desfallecida: tres ó cuatro fisonomías alegres, con los ojos bañados en llanto, me mostraron entonces al recién nacido. Luisa mía, yo dí un grito de espanto.

— ¡Qué horror! les dije; ¿estais bien seguros de que sea una criatura?

Y quise incorporarme un poco, contristada, porque mi corazón de madre no me hubiera inspirado otras palabras.

— No tengas cuidado, hija mía, me dijo mi madre que no se ha separado de mi cabecera, es un niño hermosísimo. No te fatigues la imaginación, debes neutralizar todas las fuerzas de tu entendimiento, debes hacer lo que la vaca que rumia para tener buena leche.

Me dormí, pues, con la firme intención de dejar obrar á la naturaleza. Querida Luisa: el despertar de todos esos dolores, de esas sensaciones confusas, de esas horas en que todo es oscuro, penoso é incierto, fué divino. Esas tinieblas se vieron animadas por una sensación cuyas delicias excedieron á las del primer chillido de mi hijo. Mi corazón, mi alma, mi ser, un yo desconocido se despertó en su concha endolorida y negra hasta se instante, como se lanza una flor de su semilla, al primer rayo del sol que la llama fuera. El vampiro tomó mi pecho con afán; ahí está el *fiat lux*, fué madre de súbito. Esa es la felicidad, la alegría, una alegría inefable, aunque no se halle exenta de dolores. ¡Oh! mi bella celosa, ¡cuánto apreciarás un placer que solo está entre nosotras, el niño y Dios! Un recién nacido, amiga mía, no conoce más que nuestro seno; para él no hay más que ese punto brillante en el universo, le ama con todas sus fuerzas, solo piensa en esa fuente de vida; acude, se va para dormirse y se despierta para volver á ella. Sus labios rebosan amor cuando se pegan al seno, y producen á la vez un dolor y un placer, un placer que llega hasta el dolor ó un dolor que acaba por un placer: no podría explicarte una sensación que de mi pecho penetra en mí hasta las fuentes de la vida, pues diríase que es un centro de donde parten mil rayos que regocijan el corazón y el alma. El todo, amiga mía, es criar, esto reasume la vida de las mujeres. Luisa, no hay caricias de amante que puedan compararse con las de esas manitas rosadas que se pasean tan suavemente pugnando por adherirse á la existencia. ¡Qué miradas arroja un niño alternativamente de nuestro seno á nuestros ojos! ¡Qué ilusiones se forja una madre al verle suspendido á su tesoro por sus labios de ángel! Lo mismo conmueve las fuerzas del entendimiento que las fuerzas físicas; emplea á la vez la sangre y la inteligencia y satisface con exceso nuestros deseos.

Aquella adorable sensación de su primer grito, que fué para mí lo que el primer rayo de sol fué para la tierra, la volví á encontrar al recibir su primer mirada, la volví á encontrar al saborear en su primer sonrisa, su primer pensamiento. Se ha reído ya, querida Luisa. Su risa, su mirada, su mordedura, su grito, esos

cuatro gótes son infinitos, penetran hasta lo más recóndito del corazón, conmueven todas nuestras fibras. Los mundos deben unirse á Dios, como un niño se une á todas las fibras de su madre: Dios es un gran corazón de madre para los mundos.

Ni en la concepción, ni creo que en el embarazo, hay nada de visible ni de perceptible, pero ser nodriza, amiga mía, es una felicidad de todos los momentos. Se ve la transformación de la leche que se hace carne que florece á las puntas de unos dedos delicados como las flores á las que se parecen, que se alarga en uñas finas y transparentes, se adelgaza en cabellos y se agita en unos piecitos redondos. ¡Oh! en los pies de un niño hay todo un lenguaje, con ellos principia á explicarse la criatura. Criar, Luisa, es una transformación que se sigue de hora en hora con ojos atómitos: los gritos no se oyen con los oídos sino con el corazón; las sonrisas de los ojos y de los labios, ó las agitaciones de los pies, se comprenden como si Dios escribiera solo para la madre en el espacio caracteres con letras de fuego. Nada hay en el mundo que nos interese; ¡el padre! le mataríamos si intentase despertar al niño. Toda nuestra existencia, nuestro mundo está en el hijo. ¡Y luego está una tan bien recompensada de los cuidados que se toma, de los padecimientos que soporta! Hay padecimientos, Luisa; Dios te guarde de una grieta en el seno; esa llaga que se abre cada vez que la tocan los labios del niño, que se cura tan difícilmente, y que causa dolores tan agudos que una madre se volvería loca si no tuviera el gozo de contemplar la boca rosada del niño manchada de gotas de leche, es uno de los castigos más horribles de la hermosura; pues solo le sufren las mujeres que tienen un cutis delicado y fino.

Mi niño en cinco meses se ha vuelto la criatura más bonita que jamás una madre haya lavado, peinado, embellecido y sobre todo bañado con sus gozosas lágrimas, pues solo Dios sabe con cuánto ardor, con cuánta constancia se lava, se cambia, se engalana y se besa esa preciosa flor que llaman un niño. Te digo, pues, que mi *baby*, como dice mi buena inglesa, es muy bonito; es un *baby* blanco y rosado, y ¡qué bien conoce que le idolatran! No llora mucho, pero en verdad, no le dejo un momento, quisiera penetrarle de mi alma.

Amiga mía, ahora tengo en el corazón un sentimiento con respecto á Luis, que no es amor, pero que en una mujer amante debe completar el amor. Por todo lo que tú me has dicho, querida mía, juzgo que el amor tiene algo de terrestre, en tanto que hay un no sé qué de religioso y de divino en el afecto que profesa una madre feliz al hombre de quien proceden esas largas, esas eternas alegrías. La alegría de una madre es una luz que alumbraba hasta su porvenir, pero que se refleja también sobre el pasado para darle el encanto de los recuerdos.

El padre y el abuelo se muestran bondadosos conmigo como nunca; soy como una persona nueva para ellos. Sus palabras, sus miradas me llegan al alma, pues me festejan de nuevo cada vez que me oyen y me hablan. El abuelo está hecho un niño, me contempla con admiración, y la primera vez que bajé á almorzar y que me vió comiendo y dando de mamar á su nieto, no pudo menos de derramar algunas lágrimas. Ese llanto en aquellos dos ojos apagados, que rara vez se animan sino con un pensamiento de dinero, me produjo un bien inexplicable; me pareció que el buen anciano comprendía mis alegrías. En cuanto á Luis habría comunicado á los árboles y á los peñascos del camino que tenía un hijo. Pasa horas enteras mirando á su ahijado dormido; dice que no sabe cuando se acostumbrará á verle. Al fin concluyó por confesarme que se creía condenado á no tener hijos nunca. Mi pobre Luis ha ganado mucho después del suceso; estudia mucho más que antes, el hijo ha doblado la ambición del padre.

Por lo que á mí toca, amiga mía, á cada instante me encuentro más feliz, cada hora se añade un nuevo lazo entre un hijo y una madre. Lo que siento en mí me prueba que ese sentimiento es imperecedero, natural, de todos los instantes, mientras se me figura que el amor, v. b. debe tener sus intermitencias. No se ama de la misma manera á todas horas, no se bordan sobre esa tela de la vida flores siempre brillantes, en una palabra, el amor puede y debe cesar, pero la maternidad no tiene que temer esa decadencia, la maternidad se aumenta con las necesidades del hijo, se desarrrolla con él. ¿La felicidad no es á la vez una pasión, una necesidad, un deber, un sentimiento? Sí, amada mía, esa es la vida particular de la mujer: nuestra sed de abnegación se encuentra satisfecha, sin que tropecemos con las turbaciones de los celos. Por eso quizá es para nosotras el único punto en que se hallan de acuerdo la sociedad y la naturaleza, y en esto la primera ha enriquecido á la segunda, pues ha aumentado el sentimiento materno con el espíritu de familia y la continuidad del nombre, de la sangre, de la fortuna. ¡Qué amor no debe consagrar una madre al ser querido que le dió á conocer el primero tales alegrías, que le hizo desplegar las fuerzas de su alma, y le enseñó el arte de la maternidad? El derecho de primogenitura, derecho tan antiguo, me parece no puede ponerse en duda; ¡ah! ¡cuántas cosas un niño enseña á su madre! Hay tantas promesas hechas entre nosotras y la virtud en esa protección incansante que debemos á un ser débil, que la mujer solo cuando es madre se halla en su verdadera esfera; entonces, solo entonces, despliega sus fuerzas, practica los deberes de su vida, y siente todas las felicidades, todos los placeres de estas obligaciones sagradas: una mujer que no es madre es un ser incompleto; ¡despáchate á ser madre, ángel mío!

y completarás tu ventura actual con todas mis volup-
tuosidades.

23.

Dejé la pluma al oír que lloraba el señorito y has de saber que ese grito le oigo desde el fondo del jardín. No quiero cerrar esta carta sin ponerte dos palabras de despedida: acabo de leerla y estoy avergonzada con las vulgaridades de sentimiento que contiene. Lo que siento ¡pobre de mí! se me figura que todas las madres lo han experimentado como yo y deben demostrarlo de la misma manera, y que tú te burlarás de mí como todo el mundo se burla de la sencillez de los padres que siempre están hablando del talento y de la hermosura de sus hijos. Por fin, querida mía, el resumen de esta carta hèle aquí, no importa que vaya repetido: soy tan feliz ahora como antes me encontraba desgraciada. Esta casa y la hacienda, que se va á convertir en un mayorazgo, es para mí la tierra prometida; he concluido por atravesar mi desierto. Mil afectos, querida mía; escríbeme, hoy puedo leer con los ojos secos la pintura de tu felicidad y de tu amor. Adios, Luisa.

XXXII.

DE LA SEÑORA DE MACUMER Á LA SEÑORA DE LA ESTORADE.

Marzo de 1826.

Mas de tres meses ya que no te he escrito y que no he recibido carta tuya... ¿qué significa esto, querida mía? Yo soy la mas culpable de las dos, pues no te respondí, pero tú no eres susceptible que yo sepa. Macumer y yo hemos interpretado tu silencio de un modo favorable á nuestro deseo, y hoy mismo saldrán para Marsella las porcelanas que te destinábamos; los artistas han tardado seis meses en ejecutarlas. Por eso me desperté sobresaltada cuando Felipe me propuso que fuera á ver ese rico servicio antes de que el platero le encajonara; de súbito recordé que no nos habíamos dicho nada desde que fui madre contigo leyendo tu carta.

Angel mio, Paris, este terrible Paris es mi excusa, veamos cual será la tuya. ¡Oh! ¿qué abismos! ¿No te he dicho ya que solo en Paris se puede ser parisiense? La sociedad quebranta aquí todos los sentimientos, roba todas las horas, y robaria tambien hasta los corazones si no se anduviese muy alerta. ¡Qué magnífica es esa creacion de Celimena en *el Misántropo* de Moliere! Es una obra maestra. Es la mujer del gran mundo, del tiempo de Luis XIV, que es la misma de todas las épocas. ¿Dónde estaria yo ya sin mi escudo, sin mi amor á Felipe? Por eso esta mañana le dije que era mi salvador cuando le hacia estas reflexiones. Si mis noches pertenecen á las fiestas, los bailes, conciertos y teatros, siempre encuentro á mi vuelta las alegrías del amor y sus locuras que me dilatan el corazon y borran de él las mordeduras del mundo.

Solo he comido en casa las veces que vinieron convidados los que llaman amigos, y solo he permanecido en ella los dias en que recibo. Me he señalado el miércoles para este fin, y he entrado en lucha ya con las señoras de Espard y de Maufrignense y con la vieja duquesa de Lenoncourt. Mis reuniones pasan por ser muy divertidas; he permitido que pongan mi casa á la moda al ver á mi Felipe contento con mis triunfos. Mis mañanas son para él, pues en cuanto á las tardes y á las noches hasta las dos pertenecen á Paris. Macumer hace un dueño de casa admirable; es tan inteligente, tan grande y de una gracia tan perfecta que se haria amar hasta de una mujer con quien se hubiese casado por pura conveniencia.

Mi padre y mi madre han salido ya para Madrid; muerto Luis XVIII, la duquesa ha obtenido fácilmente de nuestro buen Carlos X el nombramiento del joven Saint-Hereen, en calidad de segundo secretario de embajada. Mi hermano el duque de Rhetoré se digna considerarme como una superioridad, y en cuanto al marqués de Chaulieu, ese militar en apariencia me debe una eterna gratitud; antes de que mi padre se marchara se empleó mi fortuna en constituirle en haciendas un mayorazgo de cuarenta mil fr. de renta y está convenido ya su matrimonio con la señorita de Mortsau, una heredera de Turena. El rey, para que no se extingan el nombre y los títulos de la casa de Lenoncourt va á dar una real cédula para que mi hermano pueda heredar los nombres, títulos y armas de los Lenoncourt-Givry. Dicen que la señorita de Mortsau á quien correspondía esta fortuna, se halla en el último grado de tisis y se espera su muerte por instantes. El próximo invierno, despues de pasado el luto, se efectuará el matrimonio. Parece ser que mi hermana política Magdalena de Mortsau es una jóven encantadora.

Ya ves, querida Elvira, como mi padre tenia sobrada razon en sus cálculos. Este resultado me ha valido la admiracion de muchas personas y mi matrimonio está explicado. Por afecto á mi abuelo, el príncipe de Talleyrand ensalza mucho á Macumer, de manera que nuestro triunfo es completo, y al fin puedo decir que reino en este Paris donde tan poco significaba hace dos años.

Macumer ve su felicidad envidiada por todos; los hombres murmuran á mi oído frases de amor, ó se contentan con lanzarme miradas ardorosas. A decir verdad, hay en este concierto de deseos y de admiracion

una satisfaccion de la vanidad tan completa y constante, que ahora comprendo el a'ari excesivo que muestran las mujeres para disfrutar de tales homenajes. Ese triunfo embriaga el orgullo, la vanidad, el amor propio, en fin todos los sentimientos que caben en nosotros. Esa divinizacion perpetua trastorna hasta tal punto que ya no me sorprende ver que las mujeres se vuelven egoistas, olvidadizas y ligeras en medio de esa fiesta. La sociedad fascina; prodiga una las flores del espíritu y del alma, su tiempo mas precioso, lo mas generoso de sus esfuerzos á personas que nos pagan con celos y sonrisas, con frases mentidas, con cumplimientos y adulaciones contra el oro puro de nuestro valor, de nuestros sacrificios, de nuestras invenciones para agradar en cuerpo y en alma á todo el mundo. Se sabe lo que este empeño cuesta y lo poco que produce, y sin embargo, no puede una ménos de consagrar á él toda su actividad, todas sus fuerzas.

¡Elvira mia! ¿cómo se desea la posesion de un corazon amigo, y cuán precioso es para mí el amor de Felipe! Pero ¡cuánto te amo tambien! ¡Habias de ver con qué gusto hacemos nuestros preparativos de viaje para ir á descansar á Chantepleurs de las comedias de la calle del Bac y de todos los salones de Paris! Por último, yo que acabo de leer otra vez tu última carta, te habria pintado este infernal paraíso en que me encuentro, diciéndote que en Paris una mujer del gran mundo no puede ser madre.

Me despido para poco tiempo, amiga mia; cuando mas, nos detendremos una semana en Chantepleurs y estaremos en tu casa hicia el 10 de mayo. ¡Con qué nos vamos á dar un abrazo al cabo de mas de dos años de ausencia! ¡Y qué cambios! Las dos somos ya unas mujeres, yo la mas dichosa de las enamoradas, tú la mas feliz de las madres. No porque haya dejado de escribirte, amor mio, estabas olvidada. ¿Y mi ahijado, sigue tan bonito? ¿honra á su madrina? pronto tendrá nueve meses. Mucho me gustaria asistir á sus primeros pasos en el mundo, pero Macumer me dice que los niños precoces apenas andan á diez meses.

P. D. Si me respondes, madre sublime, envíame tu carta á Chantepleurs; marchó al instante.

XXXIII.

DE LA SEÑORA DE LA ESTORADE Á LA SEÑORA DE MACUMER.

Amada mia: si una vez eres madre verás si se puede escribir en los nueve primeros meses de la cria. *Mary*, mi criada inglesa y yo, estamos siempre ocupadas. Es verdad que todavia no te he dicho que yo quiero hacerlo todo por mí misma. Has de saber pues que antes de que viniera al mundo el señorito, ya habia yo pasado muchos dias cosiendo pañales y bordando gorritos; es una esclavitud que dura noche y dia.

Primeramente Armando toma el pecho cuando quiere y siempre está queriendo; luego á cada instante hay que cambiarle, limpiarle y vestirle, y á la madre le gusta tanto mirarle dormido, y cantarle canciones y pasearle en brazos, que no le queda un minuto para pensar en ella. En fin, tú tenias la sociedad y yo tenia mi hijo, quiero decir nuestro hijo, no te enfades.

¡Qué vida tan magnífica! ¡Oh! ya verás cuando estés en ella, para entonces te aguardo. Pero temo que principie con sus dientes, y que le halles muy alborotador y fastidioso. Todavía no ha llorado mucho, porque yo siempre estoy encima; los niños solo gritan cuando sienten necesidades que no se saben adivinar, y yo ando á la pista de las suyas.

¡Angel mio! si supieras cuanto se ha dilatado mi corazon en tanto que el tuyo se rebajaba al servicio de esa sociedad que me pintas!

Te espero con una impaciencia de solitaria; quiero saber lo que te parece mi marido, así como tú querrás tambien que te diga yo mi opinion sobre Macumer. Me dirás el dia que sales, pues mis hombres quieren marchar á recibir á mis ilustres huéspedes.

Vén, reina de Paris, vén á nuestra pobre habitacion, donde serás amada.

XXXIV.

DE LA SEÑORA DE MACUMER Á LA VIZCONDESA DE LA ESTORADE.

Abril de 1826.

Te anuncio, pues, amiga mia, el buen éxito de mis pretensiones: tu padre político se llama hoy conde de la Estorade. No he querido salir de Paris sin haber obtenido este favor y te escribo delante del alto funcionario que ha venido á decirte que el decreto está firmado. Adios, en breve nos veremos.

XXXV.

DE LA SEÑORA DE MACUMER Á LA VIZCONDESA DE LA ESTORADE.

Marsella, julio.

Te extrañará mi marcha repentina; lo siento, me avergüenzo tambien, pero, como ante todo, soy muy

franca, y te amo como siempre, todo te lo diré en dos palabras: estoy celosa; Felipe te miraba demasiado.

Juntos al pie de la roca pasabais ratos de conversacion que me tenian en ascuas, me hacian mala y torcian mi carácter. Tu hermosura verdaderamente española debia recordarle su país y esa María Heredia de quien estoy celosa, pues tambien me inspira celos el pasado. Tu magnífica cabellera negra, tus ojos negros, esa frente en que los goces de la maternidad ponen en relieve tus elocuentes dolores pasados que son como las sombras de una luz radiante; esa frescura de cutis meridional mas blanca que mi blancura de rubia; esas formas vigorosas, ese seno que brilla entre los encajes como una fruta deliciosa al que se suspende mi bonito ahijado, todo eso me heria los ojos y el corazon. Por mas que yo adornara mis cabellos con flores con cintas, de color de rosa, todo eso palidecia delante de una Elvira que no pensaba yo encontrar así en ese paraíso de la Crampade.

Tambien Felipe envidiaba demasiado ese niño que ya me principiaba á inspirar cierto aborrecimiento. Si, esa vida insolente que llena tu casa, que la anima, que grita y rie en ella, yo la deseaba para mí. Los ojos de Macumer estaban tristes con este sentimiento, y dos noches pasé llorando sin que él lo supiera. En fin, tu casa era para mí un suplicio: eres una mujer demasiado bella y una madre demasiado dichosa, para que pueda permanecer en tu compañía.

¡Hipócrita! ¡te quejabas! Desde luego te diré que Luis me parece bien; habla agradablemente; sus cabellos negros mezclados de canas son bonitos, tiene ojos hermosos, y esas maneras con *ese no sé qué* tan seductor de los meridionales. Por lo que he visto, juzgó que tarde ó temprano saldrá diputado por su provincia, y medrará en la cámara, pues yo estoy siempre al servicio de vuestras ambiciones. Las miserias del destierro le han dado ese aire de gravedad y de sosiego que me parece ser la mitad de la política. Para mí, el gran secreto de la política es la gravedad: por eso decia á Macumer que debe ser un grande hombre de Estado.

Si, Elvira querida, despues de haber adquirido la certidumbre de tu felicidad me vuelvo contenta y muy de prisa á mi palacio de Chantepleurs, donde no quiero recibirte si no tengo en mis brazos un hijo tan hermoso como el tuyo. Merezco todos los nombres que me quieras dar; soy absurda, infame, estúpida; ¡ay! todo esto es propio de los celos. No estoy enfadada contigo, pero padecia estando en tu casa y me perdonarás que me haya sustraído á tales dolores. Si hubiera permanecido en ella dos dias mas, habria cometido alguna tontería.

(Se continuará.)

Retratos

DE S. M. LA REINA VICTORIA Y DE S. A. EL PRINCIPE ALBERTO.

El recibimiento hecho en Francia á la reina de Inglaterra ha sido grandioso, simpático, unánime, digno en una palabra, de una gran nacion. Desde la corte hasta el pueblo, desde las residencias imperiales hasta los barrios habitados por las clases mas ínfimas, las demostraciones en favor de la Reina han sido oportunas, leales y espontáneas.

Y esto consiste en que el pueblo sabe medir su acogida por las ideas que el jefe de un Estado representa; el pueblo francés ha saludado en la reina Victoria la personificación de una nacion aliada, de un gran pueblo y de un pueblo libre. El país de la ley sálica ha mostrado en sus costumbres una deferencia que no se halla en su constitucion, y ha sabido acomodarse á la gerarquía de la corte inglesa hasta el punto de proporcionar los homenajes que rendia á la Reina y al príncipe Alberto.

La reina Victoria nació bajo una buena estrella: en la cuna era ya la heredera presuntiva de una de las principales coronas del universo. Educada en medio de un pueblo sobre el cual debia reinar un dia, creció rodeada de las simpatías de la nacion inglesa, que severa con sus reyes, parece reservar para sus reinas todos sus respetos y ternuras.

El amor de los ingleses hacia su jóven soberana llegó á un punto tan excesivo, que una porcion de excéntricos gentleman se decian abiertamente enamorados de la reina. Parecia que todo el mundo cedia al contagio amoroso desde aquel jóven lord que tuvieron que enviar á la India con sus suspiros, hasta los platónicos desollinadores que se deslizaban por todas las chimeneas del palacio de Buckingham en el aposento de su graciosa majestad.

Reina á los diez y ocho años, Victoria recibió en la ceremonia de su coronacion una nueva prenda de la fidelidad, afecto y amor de sus súbditos. Londres que recordaba que desde hacia tres siglos los reinados mas gloriosos de la Gran-Bretaña habian sido los de las reinas, aclamó con entusiasmo á la que debia proseguir la obra de Elisabeth y de la reina Ana. A la primera de estas soberanas, la Inglaterra debia su marina; á la segunda su gloria militar y su preponderancia sobre el continente. Ahora bien, al reinado de Victoria podrá añadir un dia la inmensa extension dada á su comercio y á su industria, así como la noble política seguida en la cuestion de Oriente.

Casada en 1840 con su primo el príncipe Alberto, el caballero mas cumplido de las cortes de Europa, la rei-



VICTORIA!

Mare

H.C. 1841



S.A.R. LE PRINCE ALBERT

Mans.

na Victoria ejerce su apacible soberanía en medio de las alegrías de la familia. Como la madre de los Gracos, puede decir mostrando sus hijos: « Hé aquí mis riquezas. » Sus únicos cuidados son los de la madre, y para eso se diría que la Providencia se complace en tenerla á cubierto de esas duras pruebas que desgarran tantos corazones maternales.

Así vemos en la reina Victoria una fisonomía dulce y serena; sus facciones no han contraído aun esa sonrisa común que acaba por convertirse en una arruga en los soberanos que envejecen; en ella la aristocracia natural se halla temperada por la benevolencia, y ofrece el tipo cumplido de la gracia unida á la nobleza y firmeza de carácter.

Entre todos los testimonios de simpatía y de respeto que la reina de Inglaterra guardará en su memoria, conservará seguramente el recuerdo de su viaje á Francia, y del recibimiento que en París ha tenido. Como reina y como mujer ha sido objeto de una verdadera ovación; pero sobre todo se ha visto aclamada como representante de una gran potencia, y cuando haya desaparecido el recuerdo de las fiestas, quedará de este viaje una impresion saludable, una prueba de estimación recíproca entre dos grandes pueblos.

Hombres Ilustres

DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA.

ANTONIO JOSÉ DE IRISARRI.

¿ Quién en Europa no se avergonzaria de ignorar la celebridad que acompaña á Guizot, á Salvandy, á Macculay, á Heine? Igual vergüenza sería la del americano que ignorase los ilustres nombres de Irisarri, Bello, García del Río, Olmedo, Madrid, etc. Estos nombres son populares: gozan de una reputación americana, como aquellos de una celebridad europea.

Antonio J. de Irisarri, ha figurado como literato, como político, como diplomático; y en toda carrera ha estado en primera línea. Los periódicos ingleses le han tributado iguales, si no mayores elogios que los americanos; y ya esto es bastante decir, como preámbulo al ligero trazo que vamos á hacer de la vida de tan distinguido sujeto.

Nació Antonio José de Irisarri en la nueva ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala, el día 7 de febrero de 1786. — Su padre fué D. Juan Bautista de Irisarri Larazain Vicuña y Aranibar; siendo su abuelo el poseedor de la casa solariega de Irisarri en el valle de Bastan del reino de Navarra. — Su madre fué Doña María de la Paz Alonso Barragan y Sotomayor, de antigua y noble familia de Salamanca en Castilla la Vieja, de donde pasó á Guatemala con su hermana Doña Mariquita, mujer del oidor de aquella real audiencia, D. José Ortiz de la Peña.

Fué el padre de Irisarri el comerciante mas rico que hubo en el reino de Guatemala, habiendo dejado á su muerte, en 1805, grandes caudales en Méjico y en Lima; de resultados de lo cual tuvo D. Antonio José que pasar á Méjico en 1806, y á Lima, en 1808, cuando ya habia acabado sus estudios. En 1809 hizo un viaje de Lima á Chile, con el único objeto de conocer á los parientes que allí tenia, los Larazains y Vicuñas, resultando de este viaje su casamiento con una prima suya, Doña Mercedes Trucios y Larazain, heredera del pingüe mojarazo de Trucios, fundado en la ciudad de la Paz en el alto Perú.

A poco tiempo de casado, se hizo la revolucion de Chile, en la cual tomó una parte muy activa la numerosa familia de Larazains y Vicuñas, cuya influencia en el país era incontestable. Esta familia era tan numerosa y estaba tan íntimamente enlazada con todo lo que habia de mas poderoso en el reino de Chile, que con razon la llamaba el virey del Purú, Albaical, la familia de los ochocientos. Representaban dignamente á esta familia los marqueses de Casa-Larazain y de Montepío, el conde de Quinta-alegre, y D. Francisco de Perez y Salas.

Irisarri entró de lleno en la revolucion, y ejerció los cargos públicos mas arduos y de mas graves compromisos; entre ellos, la comandancia de la guardia cívica, la intendencia y comandancia de la provincia de Santiago, y la suprema direccion del Estado, desde el 7 hasta el 14 de marzo de 1814; en cuya semana se hizo mas obra revolucionaria que la que se habia hecho en los cuatro años de la revolucion. El anuló la real Audiencia: puso todos los empleos en manos de los hombres mas comprometidos, de los que no pertenecian á su familia: estableció una rigurosa vigilancia: puso en incomunicación á todos los individuos sospechados de tener relacion con el ejército realista: levantó nuevas fuerzas para contener al enemigo que amenazaba sobre la capital; y obligó al general Gainza á entrar en convenios con los revolucionarios. Irisarri se opuso á que se entrase en negociacion alguna con aquel general, haciendo ver que era fácil vencerle, y que de nada serviría hacer con él un tratado que le salvase de una derrota y lo dejase en libertad de volver á hacer la guerra cuando hubiese recibido nuevos refuerzos; prevaleció la opinion de los débiles, que se llamaban los prudentes, y por el triunfo de esta prudencia, se vió Chile á los siete meses enteramente sujeta por las armas españolas.

Al verse Irisarri obligado á dejar á Chile, pasó á Buenos-Ayres, y de allí se dirigió á Europa. Desde 1815 hasta principios de 1818, pasó Irisarri su tiempo en Londres, leyendo, entre otras cosas, los clásicos españoles de que hay una suntuosa coleccion en la inmensa biblioteca del Museo británico; y á donde tuvo oportunidad de trabar relaciones con el célebre D. Bartolomé Gallardo y con otros literatos emigrados de España.

Reconquistado Chile por las fuerzas mandadas por San Martín, y O'Higgins, volvió Irisarri á aquel país; y supo en Buenos-Ayres que se le habian enviado á Londres los plenos poderes del gobierno chileno para que negociase el reconocimiento de la independencia de la nueva República. Siguió Irisarri su camino, y antes de llegar á Santiago recibió el nombramiento de ministro de Estado en los departamentos del Interior, y de Relaciones Exteriores. Sirvió este ministerio desde mediados de abril hasta fines de octubre de 1818, época en que fué nombrado ministro de Chile en Buenos-Ayres, en Londres y en París, llevando al mismo tiempo la comision de levantar un empréstito para el servicio de la República. En virtud de estos poderes celebró el tratado de 3 de febrero de 1819, que copia el baron de Martens, en el tomo V de su coleccion, impresa en Gotinga en 1824; por el cual tratado se comprometieron los gobiernos de Chile y Buenos-Ayres á enviar el ejército, que despues llevó San Martín al Perú para hacer la independencia de aquel reino.

Irisarri pasó de Buenos-Ayres á Europa, y permaneció unas veces en Londres, otras en París, desde 1819 hasta 1825, sin haber podido conseguir ni del vizconde Castlereagh, despues marqués de Londonderry, ni del duque de Montmorency, que los gobiernos de Inglaterra y Francia reconociesen la independencia de Chile. Pero sí consiguió levantar un empréstito de cinco millones de pesos, en mejores términos que ninguna de las otras repúblicas americanas, y aun con mayores ventajas que las conseguidas en la misma época por la Francia, de la casa de Barring y Hope, y por la España, de la casa de Ardow y Hubbard; como lo demostró el mismo Irisarri en un interesantísimo folleto que publicó en Chile en 1833.

En este folleto, se presentan los contratos de todos los empréstitos hechos en aquel tiempo; y resulta de la comparacion de todos ellos con el de Chile, que este aventajó al de Francia en cuatro y medio por ciento, al de España en diez y medio, y al de Méjico en diez y dos quintos. No hubo, pues, nación rica, ni gobierno poderoso que lograra mayor crédito que Chile; habiéndose debido esto al estudio que Irisarri habia hecho de la materia y á los arbitrios de que se valió para conseguirlo.

Concluida su mision en Europa, Irisarri pasó á Guatemala, con el objeto de establecer allí varias compañías de minas, de pesca de perlas y de otros generos de industria; pero llegó á aquel país cuando acababa de estallar la guerra civil que aun dura devastando aquellos pueblos. Inmediatamente fué nombrado comandante general de las armas del Estado, y despues comandante general del departamento de los Altos, á donde pasó á levantar un ejército; pero era ya demasiado tarde para esto; y así no le fué posible impedir que la capital cayese en poder los anarquistas, y que ellos se enseñoreasen de todo el país.

Aniquilado el partido legal, que Irisarri defendia, todos los que le componian cedieron, menos el mismo Irisarri que desde su prision continuó combatiendo con sus escritos á los vencedores. Duró en prision nueve meses, y hubiera durado mas, si el mismo jefe del Estado del Salvador, no le hubiese facilitado los medios de fugarse. Embarcóse Irisarri el 7 de enero de 1830 en un buque que hacia viaje á Guayaquil, y de este puerto se dirigió inmediatamente á Chile. De esta República pasó á Bolivia á defender los bienes del mayorazgo de su mujer, á los que pretendian tener derecho otros parientes mas lejanos del fundador. Ganado el pleito, y vendidas las fincas del vínculo de Trucios, trasladó aquellos caudales á Chile.

Al regresar á esta República, desempeñó varios destinos importantes, entre otros la intendencia y comandancia general de la provincia de Colchagua, en la cual están las tierras de su familia. Finalmente, en 1837, fué nombrado Ministro Plenipotenciario de Chile en el Perú, en union del almirante D. Manuel Blanco Encalada; y tuvo la principal parte en la celebracion del tratado de paz de Paucarpata.

El gobierno de Chile en aquella época, despues de haber perdido al hombre que lo habia hecho respetable: á D. Diego Portales, se habia entregado neciamente á ser el instrumento de las pasiones de los emigrados peruanos, autores de la guerra contra la confederacion Perú-Boliviana; é instigado por estos, declaró que el tratado de paz era ofensivo á la gloria y á la justicia de Chile, mandando acusar ante la Suprema Corte á los plenipotenciarios.

Irisarri, que en su calidad de ministro habia quedado en el Perú, esperando la ratificacion del tratado y dando protección á los enfermos del ejército chileno que no pudieron reembarcarse, fué abandonado por su gobierno, quien hizo renovar las hostilidades sin guardar las formas que el Derecho de Gentes establece; como si hubiera querido que el gobierno peruano, así insultado, se vengase en la persona del ministro.

En tales circunstancias, no pudiendo Irisarri regresar á Chile, ni por mar ni por tierra, cuando se le habian quitado por su mismo gobierno el tiempo y la oportunidad de hacerlo, y no debiendo exponerse á que se fallase en su causa sin oírle, escribió en Arequipa,

é hizo imprimir allí mismo, el 20 de enero de 1838, la *Defensa de los tratados de paz de Paucarpata*, y lo hizo con tan buen éxito, que la Suprema Corte de Chile no pudo ménos de fallar contra el gobierno: en su sentencia de 20 de agosto de 1838, decia — *que aquellos tratados habian salvado al ejército chileno de ser sacrificado infructuosamente.*

Con esto terminó la carrera diplomática de Irisarri, pues aunque en 1848 fué nombrado ministro plenipotenciario de Guatemala cerca del gobierno granadino, no admitió dicho nombramiento.

En 1838 pasó Irisarri al Ecuador, donde permaneció hasta 1845, ocupado siempre en la redaccion de varios periódicos. A mediados de 1845 se dirigió á la Nueva Granada, de donde se marchó para Venezuela en fines de 1847. En Nueva-Granada redactó dos periódicos, y dió á luz la «Historia crítica del asesinato perpetrado en la persona del Gran Mariscal de Ayacucho.» Despues de algunos meses de residencia en Venezuela, pasó á Curazao, á Jamaica, á Puerto-Rico y á Cuba; y estableció en la primera de estas islas, *El Revisor*. En fines de 1849, se dirigió á Nueva-York, donde continuó la redaccion de «El Revisor,» mereciendo que su periódico fuese adoptado en los colegios de la Union-Americana, como texto para la enseñanza del español, por el estilo elegante y castizo con que estaba redactado; pero pronto perdió Irisarri este favor, pues empezó á atacar con energía el *filibusterismo yankee*. A poco tiempo suspendió la redaccion de su periódico, por faltarle suscripciones.

Irisarri ha redactado durante los cuarenta y dos años últimos los periódicos siguientes: en 1813, *El Semanario republicano de Chile*; en 1818, *El Duende de Santiago*; en 1820, en Londres, *El Censor Americano*, en el cual tomó parte el Sr. D. Andrés Bello; en 1828, en Guatemala, *El Guatemalteco*; desde 1839 hasta 1843, en Guayaquil, *La Verdad Desnuda*, *La Balanza*, y *El Correo*; en 1844 y 1845, en Quito, *La Concordia*; en Pasto, *El Responder*; en 1846 y 1847, en Bogotá, el *Nosotros*, *Orden y Libertad*, y *El Cristiano Errante*; en 1849, en Curazao, *El Revisor*, que continuó, como hemos dicho, en Nueva-York, en 1850.

Además de esos periódicos, Irisarri ha publicado «La Historia crítica del asesinato cometido en la persona del Gran Mariscal de Ayacucho: un folleto sobre el *Empréstito de Chile*, una novela de costumbres, una introduccion á la segunda edicion del Sr. Bello sobre Derecho de Gentes, una *Memoria biográfica* del ilustrísimo señor arzobispo de Bogotá, Dr. D. Manuel José Mosquera, y varios otros opúsculos; y tiene inéditas algunas obras importantes, entre otras una nueva gramática castellana, unas cuestiones críticas-literarias, de las cuales publicamos algo en el número 101 de este periódico, y en fin, la coleccion de sus poesías.

En cuanto al mérito de *El Revisor*, citarémos las opiniones de dos distinguidos políticos de la corte de España. El Sr. D. Juan Gregorio Muñoz y Funes, ministro que fué de España acreditado cerca del gobierno de Venezuela, escribió á Irisarri en 1849: «Tengo mucho deseo de ver á Vd. en Nueva-York, pues en Curazao está Vd. haciendo esfuerzos bastante estériles para Vd. y para todo el mundo ilustrado, que desea ver á Vd. lanzado en un campo mas digno de su admirable pluma. Váyase Vd. á Nueva-York, y desde allí illustre Vd. al mundo con su prodigioso ingenio, con sus vastos conocimientos, con su profunda erudicion.» El general D. Jacinto Infante, escribiendo desde Madrid al mismo Irisarri, le decia con motivo de haber leído varios números de *El Revisor*: «los he leído con muchísimo gusto, y su lectura me ha confirmado la idea que formé de Vd. há veinte años cuando escribía en la Paz; esto es, que es Vd. un escritor elegante y castizo.»

En cuanto á la defensa de los *Tratados de paz de Paucarpata*, dijeron los editores del *Foreign Quarterly Review* de Londres, haciendo la revista de esta obra: «Esta es una Exposicion divertida y habilísima. Irisarri ha manifestado en ella, que era capaz de hacer en las peores circunstancias un tratado bajo todos puntos ventajosos al país, por el cual tratado se libró un ejército sitiado y hambriento de rendirse á discrecion, y se le hizo volver con honor á sus hogares; y no solo esto, sino que aquella misma crisis obtuvo para Chile condiciones de la mas grande importancia, y cuanto podia desearse, fuera de los delirios políticos.»

Sobre el folleto relativo al *Empréstito de Chile*, dijeron los editores del *Morning Herald* de Londres, uno de los mas respetables periódicos de Europa, que aquella obra «era tan elegantemente escrita como exacta en todos sus datos y principios.»

Pero á la verdad, nadie ha hecho mayores elogios de los escritos de Irisarri, que sus mismos contrarios. Entre estos, los editores de «El Progreso de Chile» dijeron del discurso preliminar de la *Historia crítica del asesinato cometido en la persona del Gran Mariscal de Ayacucho*, lo que sigue: «Hoy comenzamos á insertar la introduccion á la obra que está publicando en la Nueva-Granada el señor D. Antonio José de Irisarri. Aunque las pasiones políticas del autor lo han conducido en la corta parte que conocemos de su trabajo, á verter cargos algun tanto injustos contra la América, y de los cuales algunos tocan á Chile, sin embargo es imposible no se considere por todo el que lo lea con despreocupacion, como una produccion de alta importancia. Hechos curiosos, apreciacion sensata de ellos, lógica inflexible, moral sana y estilo elegante, tales son, á nuestro ver, las cualidades que lucen en la publicacion contemporánea del Sr. Irisarri, que tenemos á la vista. Deseamos sinceramente poder ofrecer al publi-

co el cuerpo de su trabajo, porque la introduccion nos hace presumir y estar casi ciertos, de que pocas cosas pueden presentarse que sean mas dignas de ser leídas, y que puedan estudiarse con mas provecho por los americanos del Sur. — La fama literaria del Sr. Irizarri nos parecia una de tantas concesiones gratuitas que hace la sociedad á los hombres viejos; pero, francamente, despues de leer los trozos que hemos recomendado, nuestro desden háse convertido en respeto, y creemos que hay pocos escritores en el mundo que no aceptarían gustosos la propiedad de este trabajo literario. »

El *Venezolano*, periódico de Carácas, cuyas doctrinas perniciosas combatió siempre Irizarri, habla de este en su número 257, del modo siguiente: « Un grande hombre asoma allá en el centro de la América del Sur. Há largo tiempo que lo divisamos: há largo tiempo que previmos esta dia. Llegó, y no faltaremos á nuestro deber. Su talento es colosal, es hercúlea su potencia. No podemos, ni queremos resistir á los movimientos de la naturaleza: todo lo hermoso nos engendra afecto, y lo grande y hermoso á un tiempo nos saca de la esfera de la tranquilidad y nos trasporta al entusiasmo. ¡Es Irizarri! No conocemos al hombre: osamos conocer al escritor. Americano, es nuestro hermano, y sus glorias son las nuestras. Callen las pasiones envidiosas: el hombre es grande. — Irizarri es un hombre extraordinario. Rico desde la cuna, dotado por la naturaleza con profusion, educado con primor, formado luego en la escuela del gran mundo, festivo de la gran revolucion americana, aleccionado en todo género de vicisitudes, tras una carrera de sesenta años, que equivalen á dos siglos de vida comun, llega á la ancianidad con la imaginacion de la primavera, con el vigor intelectual de la juventud, y con un inmenso acopio de ciencia y de historia. Su lógica es la de Penn, su profundidad la de Juan Jacobo, su simplicidad la de Gesner, su elegancia la de Buffon, sus gracias tan ligeras como las del patriarca de Ferney. Su decir tiene to o el sabor del siglo brillante del habla castellana, y parece que leemos á fray Luis de Leon, al inmortal Cervantes, á Mariana, á Granada, y mas que todo al insigne Isla. Tan señaladas dotes se asientan sobre un carácter de temple superior, acompañado de una arrogancia singular. »

Escribiendo Irizarri á un amigo suyo sobre este elogio, le dijo con su acostumbrado chiste: « Guzman, el redactor del *Venezolano*, ha querido hacerme todo el favor que podia; pero yo no sé el motivo que le he dado para creer que yo discuro como los cuácaros, y que soy tan insondable como el autor del soñado *Pacto social*. En cuanto á mi simplicidad, hallo que mi panegirista pudo haber encontrado otro simple mayor que Gesner, para que fuese la comparacion mas exacta; pero no diré otro tanto de mi elegancia parecida á la de Buffon, porque cualquiera hallará en mis escritos tantas *bufonadas*. ¿No será irónico aquello de que mis gracias son tan ligeras como las de Voltaire? La verdad es que el dichoso patriarca solia usar *chanzas un poco pesadas*. Por lo que hace al sabroso decir mio, que sabe á los siglos 16, 17 y 18 esto no es disputable, porque á cada cual le siben las cosas á lo que le saben. Así es que lo único que podia pedir alguna explicacion de parte del elogiado, si este fuese algun tanto quisquilloso y busca-ruídos, seria aquello de la *arrogancia singular*, porque así como puede entenderse que me quito llamar *alentado, brioso, gallardo, valiente en alto grado*, se entenderá tambien, si se quiere, que trató de ponerme los apodos de altanero y de soberbio. Pero como yo sé que soy humilde, poco me importa. Yo me arrastro por el suelo como una miserable cul brilla, y si alguna vez pica, es porque me ponen el pié encima. »

La vida de Irizarri ha sido de las mas agitadas; amante sincero de los principios de orden, ha luchado por todas partes en defensa de ellos. Los anarquistas siempre le han encontrado listo á romper lanzas con ellos; y en todas ocasiones han quedado postrados bajo los golpes de tan poderoso atleta, que triunfa por su lógica, ciencia y buen sentido.

Irizarri jamás ha contado el número de sus enemigos: dotado de tanto valor moral como de bella inteligencia, ha sostenido sus principios las mas de las veces cuando los demagogos han estado dominando ú próximos á dominar. Nacido de una familia noble y rica, Irizarri lo abandonó todo por sostener la libertad é independencia de su patria; pero los excesos de la demagogia en la América, y nuestras constantes convulsiones políticas, le han hecho aceptar en los últimos años ciertos principios de gobierno que no son, á la verdad, los que profesamos.

Irizarri es de estatura pequeña; tiene hermosa cabeza, frente protuberante, ojos grandes, vivos y penetrantes, nariz aguileña, labios bien trazados; y en toda su fisonomía está la expresion de la inteligencia, reuniendo á la gravedad del publicista y del diplomático, ese aire burlon que caracterizaba á Voltaire. Tiene la tez blanca y fina, y piés y manos pequeños.

Irizarri tiene una conversacion amena é instructiva; cuando habla, aun cuando sea sobre la materia que mas á fondo conozca, nunca lo hace dogmáticamente, sino que expresa su opinion con una gran modestia, lo que evidencia mas su positivo valer. Sus maneras son cultísimas, y se presenta con gracia y facilidad en los salones. Su talante es gallardo, y revela al hombre que ha pasado su vida en los mejores círculos sociales. Irizarri es sumamente fiel á la amistad, y muy reconocido al mas insignificante servicio que se le preste.

El defecto de Irizarri como escritor, ha sido dejarse

arrastrar á veces un tanto por la exaltacion en las polémicas que se le han suscitado; como tambien darse en demasia á las cuestiones gramaticales, que en ocasiones lo han distraído del asunto principal en que se ocupaba. Pero de cualquier modo que sea: ya sea controvirtiendo, ya exponiendo, los escritos de Irizarri son amenos é instructivos, y merecen con razon los elogios que les han tributado amigos y enemigos del escritor.

Hostigado de la política, hace cuatro años que Irizarri se ocupa en Nueva-York en escribir sobre la literatura española y sobre la lengua castellana, segun lo que resulta de la historia de la misma lengua desde que hay documentos escritos en este idioma. Con este trabajo se ha propuesto desmentir las doctrinas gramaticales de Salvá y algunas de la real academia, comparándolas con los textos de todos los clásicos antiguos y modernos.

De tantas obras como ha dado á luz Irizarri, solo tenemos á la mano « La Historia Crítica » y la primera parte de una novela de costumbres titulada « El Cristiano Errante, » publicada en Bogotá, en 1847, como *folletín* del periódico que llevaba aquel mismo nombre. De estos dos escritos vamos á transcribir algunos trezcos.

En el discurso preliminar de « La Historia Crítica, » despues de haber echado una ojeada sobre la situacion de los pueblos Sur-americanos y señalado con acierto las causas de sus trastornos, se ocupa Irizarri en manifestar el abuso que se ha hecho siempre, pero principalmente en la América española, del vago principio de que *la salud del pueblo es la ley suprema*, queriéndose cohonestar con la proclamacion de tal aforismo aun los asesinatos mas execrables, á los cuales se les ha llamado *delitos políticos*. Irizarri enumera todos los *asesinatos políticos* que se han cometido en las Repúblicas Sur-americanas, precisamente sobre personajes ilustres, y manifiesta de una manera elocuente, que esto ha sido la obra de cuatro ambiciosos detestados por el pueblo, el cual tributaba amor y veneracion á los asesinos. Al concluir esta parte de su discurso, el autor dice así:

« No se diga, pues, que es el celo de la libertad, ni el amor á la República, ni el odio á la tiranía, ni, en fin, ninguna cosa razonable la que pone el puñal en manos de los asesinos, ni la que dicta las calumnias, las injusticias y las persecuciones con que escandalizamos al mundo. He oido alguna vez que se quieren disculpar estos atentados presentando el ejemplo de aquel Bruto que hizo quitar la vida á sus hijos, y el del otro Bruto que asesinó á su benefactor y á su padre, á pretexto de servir á la causa de la libertad; pero yo no he encontrado en estas citas sino la mejor prueba que puede darse del mal que hace á ciertos hombres el haber leído sin crítica la historia. Estos citadores de ejemplos de parricidios y de horrores, que hacen estremecer á los ménos nerviosos y sensibles, podían tambien citarnos el caso de aquella bárbara araucana, que echó á la cara del gran Caupolicán á su hijo de pechos, diciéndole que no queria conservar ninguna prenda de un cobarde. Tengan estos amigos de románticos sucesos toda la veneracion que quieran á los mas atroces actos de barbaridad, y concilien como puedan, si les es fácil conciliar, la falta de amor paternal y filial con la sobra de amor á los hijos de otros padres y á los padres de otros hijos. Yo siempre sostendré que es una felicidad para el género humano el que la familia de los Brutos se extinguiere; porque hijos que no dan la vida por sus padres, y padres que no amen á sus hijos sobre todas las demás criaturas, serán muy buenos para republicanos de Roma, pero muy malos para hombres de este siglo, y mucho peores para cristianos de cualquier tiempo. Yo quiero los ejemplos de las naciones mas civilizadas, los de las edades del mundo en que las costumbres han dulcificado el carácter de los hombres, y no me conformaré jamás con que los eruditos del siglo diez y nueve me presenten como modelos de buena moralidad á los Brutos de ahora mas de veinte siglos: ¿Cuanto mas conforme á la razon y á la moral fué la admirable conducta de Luciano Bonaparte, aquel verdadero republicano, aquel sabio, aquel filósofo que no quiso admitir jamás ninguna de las coronas que le rogó su hermano que admitiera! Cuando en la sala de los Quinientos, que presidia aquel hombre verdaderamente grande en todo, exigian los furiosos demagogos que se declarase proscrito á Napoleon, Luciano, solo entre tantos energúmenos, les grita: *Miserables! vosotros quereis que yo proscriba á mi propio hermano! Renuncio la presidencia y voy á cotocarme á la barra para defender desde allí al acusado.* »

« Los Brutos, que adoraban la ira en Júpiter, la fuerza en Marte, la venganza en Platon, y cada uno de los otros vicios en otra divinidad de la extravagante invencion humana, bien podian creer que habia alguna cosa sobre la tierra que pudiese exigir del padre la condenacion de sus hijos, y de los hijos el asesinato del padre; pero desde que la religion cristiana extendió por todo el mundo sus filantrópicos principios, hizo conocer á cada hombre sus respectivos deberes, infundió el mayor horror al homicidio y estableció los principios conservadores de la paz, de la seguridad individual, de la tranquilidad pública y del verdadero orden social: desde que esta religion fundó las únicas bases sobre las cuales pueden los hombres ser mas felices en el seno de los pueblos que en medio de las selvas, no deben ya citarse los hechos de los paganos sino para hacernos conocer la incoherencia y la extravagante exageracion de sus ideas. »

En el capítulo III de la novela de costumbres arriba citada, trata el autor de « *lo que es ser prisionero, y de lo que es la libertad,* » y entre otros párrafos llenos de chiste y donaire, se hallan los siguientes:

« Yo no sé muy bien, decia Romualdo, si Dios me hizo á mi para que disfrutara de mucha libertad ó de poca; pero sí sé que hasta ahora he sido lo ménos libre que era posible. En primer lugar, yo vine al mundo despues de haber estado muchos meses en una prision estrechísima, atado con mis propios miembros, sin poderme mover de un lado á otro. Luego me hallé envuelto en pañales, que eran verdaderas prisiones, y mi libertad era la que tiene un fardito bien liado. Despues no pude ir de un lugar á otro sino con andadores y conducido por mano agena. En seguida el aya, y despues el ayo, me trajeron y llevaron como les dió la gana. Yo siempre hice lo que otros quisieron, hasta que murió mi padre, y despues de muerto aquel á quien debia sumision y respeto por ley de naturaleza, he hecha solo lo que me han dejado hacer los que no son padres, ni parientes, ni superiores, sino hombres que han querido y han podido oponer su resistencia á mi libertad. Digo, pues, que si yo nací para ser libre, y si á los demás les sucede lo que á mí, la libertad no es una gran cosa, porque es la dependencia de todo cuanto nos rodea; y si la naturaleza no padeció alguna equivocacion en sus sabias combinaciones, es preciso convenir que no dió al hombre lo que este mas necesitaba para ser el mas libre de los animales. Páreceme á mí que la voluntad de Dios, de hacer al hombre la mas libre de sus criaturas, se hubiera manifestado con toda evidencia, haciéndole la mas independiente, la mas ágil, la mas fuerte; que le hubiera dado un par de alas proporcionadas á su peso, un par de nadaderas, convenientes para que pudiese atravesar los rios, lagos y mares; un par de piernas tan ágiles como las del gamo; un cuerpo tan ligero como el del tigre; una fuerza igual á la del leon; y entónces sí que vencería el hombre todos los obstáculos, y seria libre sobre la tierra, sobre el aire y sobre las aguas. Y no se diga que haríamos muy mala figura con un par de alas detrás de los brazos, porque pareceríamos unos angelitos ó unos angelones, y nos ahorrariamos el vestido, sirviendonos las alas de capote ó de sobretodo. Con que, visto está que Dios no quiso que fuésemos tan libres como el águila, ni como la ballena, ni como el gamo, ni como el tigre, ni como el leon. Ni se diga que nosotros aprisionamos al águila en su nido, que tomamos á la ballena con el harpon, al gamo con los perros, al tigre y al leon con la trampa; porque tambien el tigre y el leon nos devoran sin valerse de trampas, y el gamo se nos va, y la ballena nos mata, y el águila en el aire nos hurta completamente.

« Y despues de esto, seguia diciendo Romualdo, con todas mis alas, con todas mis nadaderas, con toda mi ligereza de gamo, con toda mi agilidad de tigre, con toda mi fuerza de leon ó de elefante, mi libertad no seria mayor que la de los demás hombres, porque todos volariamos, nadariamos, correríamos, asaltariamos y resistiriamos del mismo modo, sin haber conseguido otra cosa que hacer en el aire y en el centro de las aguas lo que hacemos sobre el haz de la tierra. Nos perseguiriamos volando y nadando como nos perseguimos sin volar y sin nadar, y nuestra pobre libertad andaría siempre de mala data, porque está reina del mundo no puede reinar, sino como reinan los que reinan, es decir, unos sobre otros. El mas libre debe hacer su mayor libertad de la menor que deja al ménos libre, y por eso vemos que los mas amigos de la libertad dejan sin libertad alguna á los que se contentan con tener un poco de ella. Esto es lo que han hecho en todo tiempo los egipcios, los hebreos, los medos, los asirios, los caldeos, los macedonios, los persas, los griegos, los romanos, los franceses, los ingleses, los norte-americanos, y todos los hijos de Adán, y esto me parece que seguiremos haciendo hasta la consumacion de los siglos, porque es la cosa mas natural que hay en la tierra. »

Al finalizar el prólogo de la Novela de Costumbres, está la siguiente letrilla satírica, que ha merecido el honor de la reimpression en España.

Letrilla satírica.

Mientras nos duran los dias,
Tenemos en todo evento,
Que echar á la risa el cuento,
O hacernos los Jeremías;
Y debiendo yo tomar
El partido de mi humor,
Mal haria yo en llorar,
Siendo la risa mejor.

Por ejemplo cuando Rita
A Sinforoso prefiere,
Y por el tonto se muere,
Pensando que á mí me quita
La gana de celebrar
Su mal gusto y necio amor,
Mal haria yo en llorar,
Siendo la risa mejor.

Cuando veo yo á Melisa
Por todo el año en el templo,
Queriéndonos dar ejemplo
De su asistencia á la misa,

Y siempre en el mismo altar,
Al lado de aquel señor,
*Mal haria yo en llorar,
Siendo la risa mejor.*

Cuando veo yo á Suzana
Con los viejos rigurosa,
Y tan tierna y afectuosa
Con la juventud lozana,
Queriendo hacerme tragar
No sé qué historias de honor,
*Mal haria yo en llorar,
Siendo la risa mejor.*

Cuando se nos viene Tito
Haciendo del literato
Sobrándole al mentecato
La e del nombre erudito,
Y sin poderse llamar
Mas que rudito en rigor,
*Mal haria yo en llorar,
Siendo la risa mejor.*

Cuando me dice Espinosa
Que yo peço por difuso,
Porque el trabajo no excuso
Para aclarar bien la cosa,
Hasta que el rudo escolar
Quede libre del error,

*Mal haria yo en llorar,
Siendo la risa mejor.*

Cuando Lucio, que no entiende
Lo que llamamos prosodia,
Quiere hacer una parodia
De mis versos, y pretende
Poder en ello acertar,
Ganando fama de autor,
*Mal haria yo en llorar,
Siendo la risa mejor.*

Cuando me acusa Bacaro
De ser confuso, y Prenesto
Quiere hacerme el cargo opuesto
De que peço de muy claro,
Que todo lo he de explicar
Como lo hace un preceptor,
*Mal haria yo en llorar,
Siendo la risa mejor.*

Cuando veo yo el exceso
Del reverendo Calvillo,
Que porque leo yo un librito
Me quiere hacer un proceso,
Tratando así de probar
De su piedad el fervor,
*Mal haria yo en llorar,
Siendo la risa mejor.*

Mientras veo yo que todos
Dicen y hacen disparates,
Necedades y dislates
De muchos y varios modos,
Sin hacer mas que variar
Las formas de un mismo error,
*Mal haria yo en llorar,
Siendo la risa mejor.*

Cuando veo, en fin, que nadie
De ser crítico se excusa,
Creyendo en la ciencia infusa
Que su opacidad irradie,
Sin querer aun estudiar
Lo que estudió el escritor,
*Mal haria yo en llorar,
Siendo la risa mejor.*

Concluirémos estos someros apuntamientos, encareciendo al señor de Irisarri que lleve á cabo su pensamiento de hacer una edicion completa de sus obras, lo cual redundará en honra suya y de la América española.

J. M. TORRES CAICEDO.

Paris, agosto 1855.

NOTA. Estando en prensa este artículo biográfico, hemos recibido la plausible nueva del nombramiento que el gobierno de Guatemala ha hecho en el señor de Irisarri para ministro plenipotenciario de esta Nacion, cerca del gobierno los Estados-Unidos del Norte.

T. C.

Entrada de S. M. la reina de Inglaterra en Paris.



La reina de Inglaterra pasando bajo el arco de triunfo levantado por los artistas de la Opera, y por delante del trofeo alzado por los artistas de la Opera-Cómica.

Hé aquí la narracion del *Monitor* :

La entrada de S. M. la reina Victoria en la capital de la Francia, y la acogida entusiasta y verdaderamente cordial que acaba de recibir en ella, formará una de las páginas mas hermosas y brillantes de la historia de dos grandes naciones unidas ya por los lazos mas estrechos é indisolubles. Jamás un tiempo mas hermoso favoreció una fiesta mas admirable. Desde por la mañana millares de extranjeros procedentes de todos los puntos del globo y mezclados en oleadas movilizadas á la poblacion parisiense, invadian los boulevards y se instalaban en los mejores puestos que ya tenian preparados de antemano. La mayor animacion reinaba sobre todo en las cercanías del nuevo boulevard de Strasburgo y del embarcadero del ferro-carril del Este.

El hermoso edificio del embarcadero brillantemente adornado habia sido dispuesto de manera que el tren real pudiese detenerse á unos 60 metros de la entrada principal. En una parte de la via se habia elevado un estrado elegante adornado de verdura y de flores. El lado derecho por el que habia bajado S. M. se hallaba

tambien guarnecido de jardineras floridas y cubierto de tapices.

A la extremidad del embarcadero habia un vasto cuadro reservado para las personas convidadas que tuvieron el honor de asistir á la llegada de la Reina. Este magnífico salon cubierto de una rica alfombra, y lleno de banquetas cubiertas de señoras con prendidos elegantes de mañana, ofrecia un aspecto encantador. La balaustrada del primer piso se hallaba tendida de terciopelo carmesí, con flecos y borlas de oro.

Sobre la arcada central habia un escudo inmenso con las armas de Inglaterra; los demás arcos y las columnas que los separan se hallaban adornados con blasones representando las ciudades de Francia, con trofeos, guirnalda, águilas con las alas desplegadas y cifras de la reina Victoria. En toda la extension del embarcadero y del centro de la bóveda pendian banderas francesas é inglesas y estandartes flotantes.

Entre esta pieza y el vestibulo se habia dispuesto un salon tambien amueblado.

El vestibulo habia sufrido una transformacion com-

pleta; cajones con naranjos y granados guarnecian sus contornos; se habian quitado las puertas y se habian cubierto los arcos por arriba con ricos cortinajes. El patio se hallaba rodeado de palos con banderas, y en los dos extremos de la verja se elevaban dos inmensos canastillos de flores. En la fachada por el lado del boulevard las armas del imperio se hallaban rodeadas de tropas, de medallones con las cifras de la reina de Inglaterra y del principe Alberto, de banderas y oriflomas cuyos brillantes colores se armonizaban perfectamente con la decoracion general.

Nada podria dar una idea de la admirable perspectiva que ofrecian los boulevards en toda su extension, la calle Real, los Campos-Eliseos, el boulevard de la Emperatriz y toda la parte del bosque de Boulogne que atravesó el cortejo. Los balcones, las ventanas, las azoteas estaban cubiertos de señoras con elegantes vestidos y de espectadores apiñados unos encima de otros como en los tendidos de un inmenso anfiteatro. Se habia sacado partido de todo; los andamios de las casas en construccion, revestidos de colgaduras y trofeos se

habian transformado como por encanto en tribunas y en balastradas que reunian la solidez á la elegancia. En los terrenos libres ó en los ángulos de los edificios no concluidos habia sitios numerados, palcos con vistosas colgaduras.

Las tiendas habian reemplazado sus muestras ordinarias con estradas improvisadas durante la noche, que abrigaban en sus palcos tres filas de curiosos. Por todas partes se veian palcos venecianos adornados de banderas, escudos y banderolas, por todas partes se leian inscripciones, emblemas, divisas, dando la bienvenida en inglés á los augustos huéspedes de la Francia. Se puede decir que la poblacion de Paris, en su ingenioso y cordial deseo, no sabia ya que inventar para manifestar su afecto y simpatía á nuestros poderosos y fieles aliados.

Hé aquí los principales asuntos de decoracion que se notaban en el vasto espacio que recorrió la Reina. En el boulevard San Denis, cuatro palos de un tamaño colosal hacian frente al ferro-carril de Strasburgo adorna-

dos de banderas, de guirnaldas y de iniciales con coronas. En el boulevard de Bonne-Nouvelle, el tercer distrito de Paris habia hecho elevar tambien dos palos gigantescos unidos por un cable dorado adornado con las banderas inglesa, francesa, otomana y sarda reunidas en la fiesta como lo están en los campos de batalla. Cuatro palos de menor altura soportaban unos escudos sobre los cuales se leian los gloriosos nombres de *Alma*, *Bomarsund*, *Balclava*, *Inkermann*.

En la esquina de la calle Vivienne una doble decoracion del efecto mas pintoresco flanqueada de coronas y de pilares, adornados con estatuas simbólicas, contenia inscripciones en honor de la reina Victoria y del Emperador.

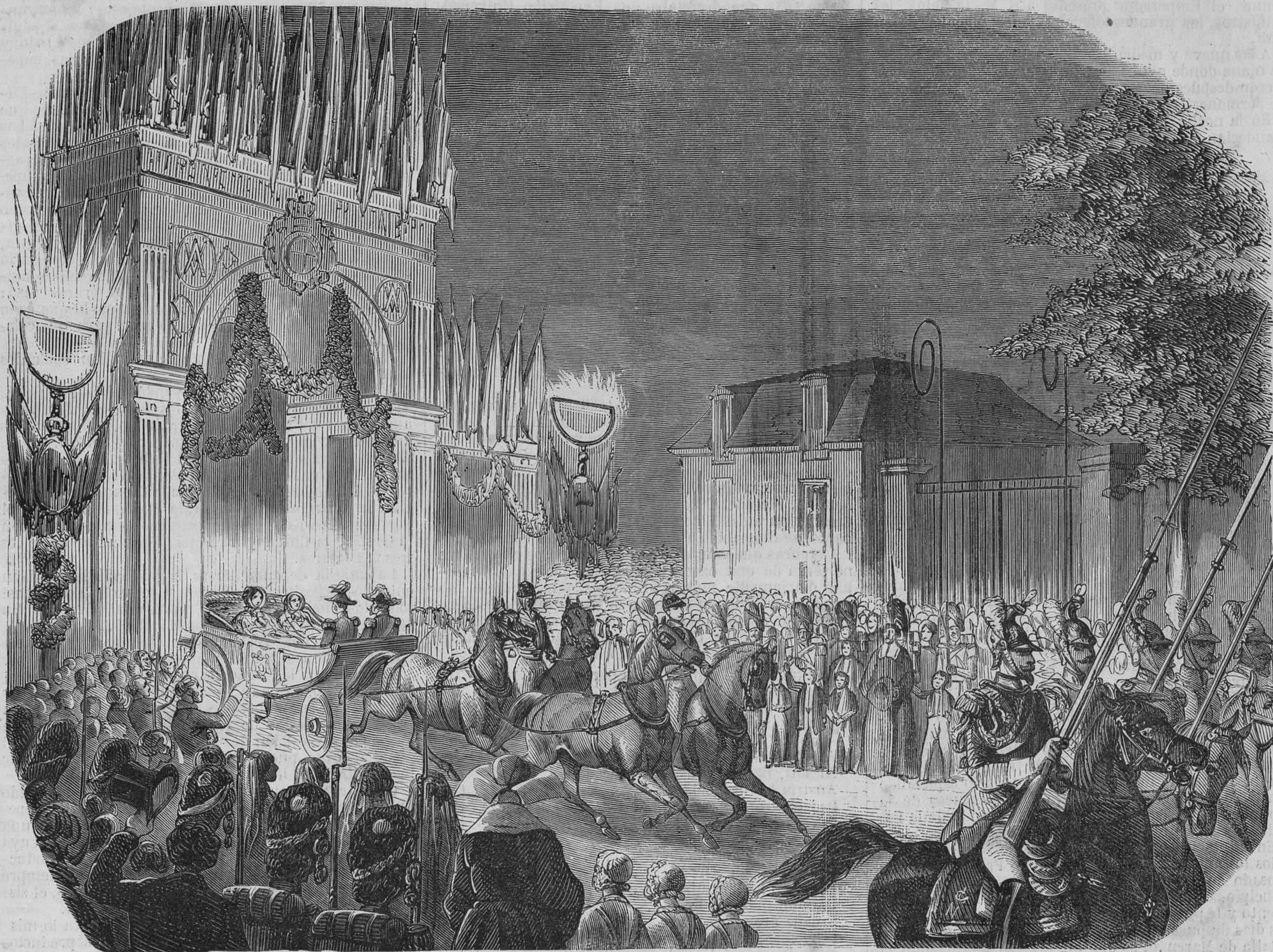
En la esquina de la calle Richelieu habia dos columnas con águilas encima, elevadas á expensas de una compañía inglesa, como podia leerse en caracteres de oro, en una ancha faja de tela verde adornada con franjas y flecos.

El teatro de la Opera habia alzado su arco de triun-

fo entre las calles Le Pelletier y Favart. Esa inmensa y sólida armazon, armada en algunas horas y adornada con un gusto sencillo y severo que tiene algo del estilo de Luis XIV, representaba un gran baldaquino adornado con su *velum* y sostenido por figuras alegóricas. Tambien se veian allí las armas de Francia y de Inglaterra rodeadas de las banderas de las naciones aliadas, y coronadas con grandes águilas con las alas desplegadas. Cuatro grandes trofeos se elevaban sobre el delantero de las fachadas cuyo grueso se hallaba guarnecido con una rica colgadura carmesi, sembrada de abejas de oro.

La Opera Cómica habia enarbolado los mismos emblemas, los mismos escudos, las mismas banderas sobre una columna de una rara elegancia, rodeada de un parterre de flores y coronada con un globo y un águila dorados.

Por último, si no se hubiese temido cortar enteramente la circulacion, la cantidad de columnas, bustos, trofeos y arcos de triunfos hubiese sido mas considera-



Llegada de la reina de Inglaterra al palacio de Saint-Cloud.

ble, pues ha habido que prohibir el levantamiento de otros muchos que hubiesen obstruido la via pública; pero el efecto general no ha perdido nada. Todos los grandes balcones de los círculos estaban colgados, todas las casas tenian banderas; cuerdas tendidas de un balcon á otro de las casas dejaban flotar en el espacio millares de banderas; era un espectáculo maravilloso que dejará un recuerdo indecible en el espíritu de cuantos le presenciaron.

A eso de las dos se cerraron los talleres, los mercados quedaron desiertos, y nuevas oleadas de gente se esparcieron por todo el camino del cortejo, donde la muchedumbre era ya tan compacta, que parecia no podia caber una sola persona mas. La clase obrera se distinguia entre todas por su alegría expansiva, por su franqueza y buen humor. Innumerables corporaciones de Paris, de las cercanías y de los pueblos situados á algunas leguas de distancia, desfilaban con sus banderas á la cabeza para cubrir los puntos que les estaban señalados.

No necesitamos insistir sobre los sentimientos del ejército y de la guardia nacional. La Reina ha atravesado desde el ferro-carril de Strasburgo hasta Saint-Cloud por una doble hilera de tropas, la guardia na-

cional á la derecha, la tropa á la izquierda, tendidas en una extension de 14 kilómetros, y ha podido ver qué entusiasmo animaba á todos esos hombres, y cuán dichosos se consideraban, asociando en la misma aclamacion el nombre del Emperador y el de su augusta aliada.

A las seis, S. A. I. el príncipe Napoleon llegó al embarcadero, donde ya estaban el mariscal Magnan, el prefecto del Sena y el prefecto de policia.

El recinto reservado á las señoras y las tribunas superiores se hallaban ocupados por una muchedumbre elegante, entre la cual se notaban oficiales ingleses y varios extranjeros de distincion.

A las siete se iluminó el embarcadero: candelabros dorados, lámparas y arañas cargadas de bugias esparcian por dentro de los salones brillantes y vivas claridades en tanto que por fuera era aun de día. A las siete y 20 minutos, veintiun cañonazos saludaban la llegada del tren real: un inmenso hurra lanzado por la muchedumbre respondió al ruido de la artillería.

S. M. la reina Victoria fué saludada con las mas vivas y entusiastas aclamaciones; el general Lavestine, en nombre del 9º batallon de la guardia nacional, de servicio en el embarcadero, la ofreció un magnifico ra-

millete que S. M. se dignó aceptar graciosamente.

El cortejo se puso en marcha á los gritos mil veces repetidos de: *Viva la reina de Inglaterra!* *Viva el príncipe Alberto!* Las músicas de los regimientos tocaban al pasar SS. MM. el *God save the Queen*.

La Reina tomó asiento en una carretela á la Daumont con un tiro de cuatro caballos; á su izquierda iba la princesa real, y en el asiento delantero el Emperador con el uniforme de teniente general y S. A. R. el príncipe Alberto en uniforme de feld-mariscal.

En el segundo carruaje iban S. A. R. el príncipe de Gales y S. A. I. el príncipe Napoleon.

Las señoras y personajes que acompañaron en Francia á S. M. B. y que tomaron asiento en los demás carruajes eran: la marquesa de Ely y lady Churchill, damas de honor; Miss Bulteel, señorita de honor; el conde Clarendon, ministro de los Negocios extranjeros; S. E. lord Cowley, embajador de Inglaterra, y el marqués de Breadalbane, gran chambelan; el marqués de Abercorn, lord Alfred Paget, el honorable coronel Phipps, el honorable mayor general Grey, el coronel Biddulph y sir James Clark. A la salida del embarcadero una diputacion de discipulos de la Escuela politécnica que han tenido parientes muertos al frente de

Sebastopol, se halló con el crespon en el brazo, al paso de SS. MM.; la Reina á quien el Emperador los señaló, pareció mirarlos con interés.

Las aclamaciones, los hurras no cesaron de resonar en todo el tránsito del cortejo. A medida que caía la tarde, una iluminación repentina, brillante, encantada, disipaba las tinieblas y precedía como un rastro de llama el paso de SS. MM. Este nuevo aspecto añadido al programa llevó al colmo el entusiasmo de la muchedumbre.

A las nueve menos cuarto el cortejo llegaba á Saint-Cloud anunciado por salvas de artillería.

S. M. la Emperatriz se hallaba al pié de la escalera acompañada de S. A. I. la princesa Matilde, de las damas y oficiales del servicio ordinario del Emperador y de la Emperatriz, y de los oficiales designados para el servicio de S. M. la reina Victoria durante su estancia en París, de los grandes oficiales de la corona, de S. E. el ministro de Estado y de la Casa del Emperador y de S. E. el ministro de Negocios extranjeros.

Al punto que hubieron entrado en los grandes aposentos, el Emperador presentó á S. M. la Reina, los ministros, los grandes oficiales y los oficiales de su casa.

A las nueve y media SS. MM. entraron en la galería de Diana donde estaba puesta la mesa. SS. MM. volvieron despues de comer á los grandes aposentos donde permanecieron hasta las once.

En la noche Saint Cloud, Boulogne y todo Paris resplandecian de iluminaciones.

Exposicion Universal de la Industria. (1)

I.

INTRODUCCION. — Idea de las Exposiciones industriales. — Las Exposiciones francesas hasta el año de 1849. — Cuadro de los expositores en 1855. — Clasificación de los productos.

La idea de las exposiciones de la industria es una idea francesa, que procede de las tendencias íntimas del genio nacional francés que se complace en abrazar las cosas en su conjunto, y cuyos movimientos á través de la historia han tenido siempre por caracter distintivo la unidad. Hasta el pensamiento de una exposicion en que se habrian admitido á los pueblos extranjeros se habia manifestado ya aquí ántes de que se hubiese realizado en Inglaterra, y si en Francia no se tomó hace seis años la iniciativa de la ejecución, culpa fué sobre todo de las agitaciones políticas.

Ciertamente, cuando á fines del siglo último se abrió la primera exposicion francesa en el Campo de Marte, ninguno imaginaba los futuros desarrollos de la institucion naciente; principiaba modestamente, como todas las fuerzas que tienen indicado su crecimiento. Si habia quedado embellecer las fiestas nacionales celebradas á fines del año VI y constituir con la Exposicion una especie de mercado que no era, por decirlo así, mas que una diversion de otro género. Paris y los departamentos mas cercanos al del Sena habian suministrado casi todos los objetos que se veian en el Campo de Marte. De esas barracas improvisadas á un extremo apartado de la gran ciudad, la Exposicion debia trasladarse sin embargo, al cabo de medio siglo á un palacio espléndido construido para eso en el barrio mas suntuoso de la capital entre las Tullerías y el arco de triunfo de la Estrella, en la via mas brillante del universo.

En el intervalo que separa al año de 1796 del año 1855, todos los gobiernos que ha habido en Francia han dispensado su proteccion á tan fecunda idea. Desde el principio, el consulado dió un cuerpo al nuevo pensamiento y le puso en evidencia. En marz de 1801 algunos dias despues de la paz de Luneville que preparó la batalla de Marengo, se dió un decreto anunciando la próxima apertura de una Exposicion nacional, y esta vez el primer cónsul quiso que los productos de la industria manufacturera se instalasen en el palacio de los reyes, en el Louvre, y dobló el tiempo de la duracion de la solemnidad que en un principio fué solo de tres dias; la misma experiencia se renovó en 1802. Los hechos probaron que la Francia que habia escapado á largas convulsiones se entregaba desde entónces con buen éxito á las aplicaciones industriales. De 110 que fueron en 1798 los expositores, llegaron á 220 en 1801 y á 540 en 1802.

Sin embargo, ya en la cuarta de estas exposiciones en 1806, se vieron todos los caracteres de una Exposicion verdaderamente nacional. El número de expositores llegó á 1122, lo que es enorme para una época en que los grandes aparatos mecánicos se hallaban casi desconocidos todavía. En tiempo de la restauracion se

(1) Sin perjuicio de los artículos publicados ya y los que en adelante publicaremos sobre determinadas partes y objetos de la Exposicion Universal de 1855, trabajos que en su conjunto no pueden llevar un orden riguroso por las exigencias de los dibujos á que corresponden, principiámos hoy una serie consagrada exclusivamente á la industria donde analizaremos con método y detencion todos los productos de los distintos ramos que hay expuestos. Estos artículos formarán uno de los estudios mas completos, interesantes é instructivos de cuantos puedan publicarse sobre la Exposicion de la industria.

reunieron tres veces los productos de las fábricas francesas en 1819, 1823 y 1827; pero el número de concurrentes no pasó de 1700. De 1830 á 1848, hubo las tres exposiciones de 1834, 1839 y 1844, que se instalaron la primera vez en cuatro pabellones separados, construidos en la plaza de la Concordia y las otras dos en un edificio provisional en los Campos-Eliseos. De 2.447 que fué en 1834 el número de los expositores, ascendió á 3281 en 1839, y á 3960 en 1844. Por estas cifras se puede juzgar el terreno que habia ganado la industria en Francia en menos de medio siglo.

La Exposicion de 1849 que se abrió al dia siguiente de una crisis terrible, era la undécima solemnidad de este género desde 1798; habia en ella productos notables y contaba 4.300 expositores. Podemos decir que ella cerró la era de las exposiciones exclusivamente nacionales, no porque en adelante no pueda haber aun exposiciones particulares á la Francia, sino que ya no tendrán lugar en vista de una exclusion sistemática.

La idea nacida á principios de este siglo, se ensanchó pues considerablemente por el acto del 8 de marzo de 1853 que decretaba una Exposicion Universal. La solemnidad no lleva ya el nombre de un solo pueblo, sino que es comun á todos, y bajo este aspecto, la Exposicion actual forma una época importante en los anales de la industria francesa. Puesto que los desarrollos de la industria confunden mas y mas los intereses económicos de las naciones civilizadas y tienden visiblemente á confundir tambien los destinos de esas naciones era natural que al pensamiento de mostrar reunidos los elementos industriales de un mismo país sucediese el de reunir unos junto á otros los elementos industriales de todos los pueblos. Las ventajas de una Exposicion así concebida son muchas; primero, hará mas popular aun una institucion cuyo efecto directo es de extender el horizonte de las clases industriales favoreciendo así los intereses del mayor número, y despues, las mismas manifestaciones, los mismos productos que evidencian el esfuerzo, la habilidad, la destreza del obrero, prueban igualmente los triunfos de la ciencia, que facilitó su ejecución en casi todas las ocasiones.

El movimiento científico de nuestra época tiene tambien su provecho en el brillo de la solemnidad industrial.

Además, esta Exposicion de 1855 presenta tambien la ventaja de consagrar definitivamente la experiencia hecha en Inglaterra en 1851, y renovada despues, aunque en pequena escala, por las ciudades de Dublin y de Nueva-York. En estos últimos años ha habido tambien exposiciones: sobre todo en Moscu, Copenhague, Munich, Florencia, Madrid y Lisboa, todas ellas de un carácter puramente nacional. En la de Munich, sin embargo, se dió cabida á todos los productos alemanes.

Las cifras que vamos á dar aquí sobre los expositores no serán de una exactitud absoluta, pues todavia llegan diariamente nuevos productos, y el número fijo solo se sabrá cuando se cierre la Exposicion y se adjudiquen las recompensas. Sin embargo, segun los documentos oficiales, el número de expositores asciende á unos 18.000 repartidos en esta forma:

La Francia está representada por.	8,717
La Argelia por.	317
Las colonias francesas por.	6
Y los demás países están colocados como sigue:	
América (Estados- Unidos de).	57
Anhalt, Dessau y Coethen (ducado de).	15
Austria (imperio de).	1,660
Baden (gran ducado de).	100
Baviera (reino de).	162
Bélgica (reino de).	697
Brunswick (ducado de).	15
Colonias inglesas.	4
Danesa (monarquía).	90
Dominicana (república).	1
España (reino de).	506
Francfort-sur-Mein (ciudad libre de).	27
Gran-Bretaña é Irlanda.	1,484
Grecia (reino de).	121
Hanover (reino de).	19
Anseáticas (ciudades).	86
Hawaien (reino).	5
Hesse (gran ducado de).	79
Hesse (electorado de).	12
Lippe Detmold (principado de).	2
Luxemburgo (gran ducado de).	22
Mejicana (república).	107
Oldemburgo (gran ducado de).	14
Países-Bajos (reino de los).	454
Pontificios (Estados).	48
Prusia (reino de).	1,219
Reuss, rama mayor (principado de).	1
Reuss, rama menor (principado de).	1
Sardos (Estados).	209
Sajonia (reino de).	97
Sajonia-Coburgo (ducado de).	11
Sajonia Coburgo-Gotha (ducado de).	11
Sajonia Meiningen (ducado de).	3
Sajonia-Weimar (ducado de).	1
Schaumburgo-Lippe (principado de).	3
Swarzburgo-Rudolstadt (principado de).	1
Suecia y Noruega (reino de).	538
Suiza (Confederacion).	428
Toscana (Gran ducado de).	193
Wurtemberg (reino de).	202
	8,742

RESUMEN.

Exponentes franceses.	9,237
Exponentes extranjeros.	8,742
Total.	17,979

Ahora vamos á tomar conocimiento del orden adoptado para la clasificación y de las disposiciones interiores del edificio, pues si de antemano no tuviéramos un hilo conductor nos perderiamos en la arena abierta á las muestras de todas las industrias de los pñeblos civilizados.

Ya sabemos (véase nuestro número 120) que el edificio de la exposicion industrial se divide en tres partes; el palacio de la Industria propiamente dicho, la galería anexa á la orilla del rio, y la galería de union con la rotonda. La Francia procedió con mucha equidad á la distribucion de las partes entre cada pueblo; y léjos de haberse atribuido de un modo exclusivo los mejores puestos, dividió escrupulosamente entre los expositores extranjeros y franceses los sitios que pudieron considerarse como mas ventajosos: los extranjeros llegaron á obtener un espacio mayor en el edificio principal donde ocupan la mitad del piso bajo y como las dos terceras partes de las galerías superiores.

El lado Norte, esto es, el que mira á los Campos-Eliseos pertenece á la Francia, y el lado del Mediodía que se abre sobre el Sena pertenece á los extranjeros. Las alas del Este y del Oeste que reúnen los dos grandes lados del palacio de la Industria, divididas en dos partes iguales en el piso bajo, se hallan en la galería superior enteramente reservadas para los productos extranjeros. Las naciones que cuentan mas expositores como la Francia, la Inglaterra, los Estados- Unidos, la Bélgica, el Austria y el Zollverein, comprendida la Prusia, tienen á la vez un puesto en el piso bajo y otro en la galería superior. Los pueblos cuyos envíos son de menor importancia no figuran sino en el primer piso; pero aquí se ha hecho la division de modo que cada cual llegue á la balaustrada de la nave para que coloquen su bandera.

Hé aquí la disposicion en que se hallan colocados los expositores extranjeros:

Sobre el lado del Mediodía, yendo del Este al Oeste, se encuentran primeramente los ingleses, luego los americanos del Norte y del Sur, luego los belgas, los austriacos y por último los expositores del Zollverein. En las galerías se presentan al Este, la Persia, la China, la Turquía, el Egipto, Túnez, la Grecia y los diferentes Estados de Italia; al Oeste la Dinamarca, la Suecia y la Noruega, la Holanda, la Suiza, la España y el Portugal. Los Estados que ocupan menos espacio son la Grecia, la China y la Persia que tienen entre los tres 262 metros.

La galería dependiente se halla dividida tambien entre los expositores franceses y los extranjeros. Casi todos los pueblos se hallan representados en ella. En cuanto á la galería de union construida sobre todo, para satisfacer las reclamaciones de los muchos industriales parisienses por falta de espacio, es toda francesa.

Una vez que las naciones extranjeras tomaron posesion del espacio que se les concedió, cada una de ellas se arregló á su manera; y este modo adoptado para poner las muestras de los productos, constituye una especie de exposicion de un género particular segun el gusto de cada pueblo que no es una de las cosas que menos observan los curiosos.

Un sistema de clasificación perfectamente entendido se habia adoptado de antemano por la comision imperial; pero es de advertir que no se trata aquí de una de esas concepciones puramente arbitrarias en cuya virtud se ha tratado á menudo de clasificar los productos de la industria humana; considerando casi siempre los objetos bajo el punto de vista de su destino, el sistema actual no se separa nunca de la realidad.

Importa conocer este sistema que se aplica lo mismo á los productos extranjeros que á los productos franceses.

1ª clase.	Art. de las minas y metalurgia.
2ª »	Art. de bosque, caza, pesca, cosecha de productos obtenidos.
3ª »	Agricultura, incluso el cultivo de vegetales y animales.
4ª »	Mecánica general aplicada á la industria.
5ª »	Mecánica especial, material de los ferrocarriles.
6ª »	Mecánica especial, material de los talleres industriales y agrícolas.
7ª »	Mecánica especial, material de las manufacturas de tejidos.
8ª »	Artes de precision. — Ciencias y enseñanza.
9ª »	Industrias concernientes al calor, la luz y la electricidad.
10ª »	Artes químicas, tinturas, estampados, papeles pintados, etc.
11ª »	Conservacion de las sustancias alimenticias.
12ª »	Farmacia, medicina, cirugía.
13ª »	Marina y arte militar.
14ª »	Construcciones civiles.
15ª »	Aceros brutos y trabajados.
16ª »	Obras de metal, trabajo ordinario.
17ª »	Platería, joyería, bronce de arte.
18ª »	Vidrería y cerámica.
19ª »	Industria de los algodones.

- 20ª » Industria de las lanas.
 21ª » Industria de las sedas.
 22ª » Industria de linos y cáñamos.
 23ª » Bonetería, pasamanería, bordado, tapices, encajes.
 24ª » Muebles y decoraciones.
 25ª » Vestidos, modas, fantasía.
 26ª » Dibujo aplicado á la industria. — Imprenta, fotografía, etc.
 27ª » Instrumentos de música.
 28ª » Obras de arte. — Pintura, grabado, litografía.
 29ª » Escultura y grabado de medallas.
 30ª » Arquitectura.

Tal es la clasificación adoptada para los productos; y aunque en la colocación de muchos artículos ha habido que separarse de ella á veces por causa de la disposición de los lugares, no por eso deja de ser un guía muy útil para el estudio que emprendemos. Para darse cuenta de las disposiciones que se han tomado, principiaremos por advertir que hay que considerar el salón central del piso bajo, como un terreno neutro que se sustrae al orden general seguido por los comisarios. Allí figuran en efecto, piezas excepcionales, pertenecientes á los países extranjeros lo mismo que á la Francia, y sacadas de las distintas clases. Las industrias principales de todos los pueblos tienen aquí sus muestras dispuestas en trofeos gigantescos.

Al rededor del salón del piso bajo, pero en la parte mas recóndita, bajo la galería del primer piso, se encuentra entrando por la parte monumental del Norte, la cerámica á la derecha y la cristalería á la izquierda. Mas allá sobre la izquierda, esto es, volviéndose hácia el Este se hallan los hilados y tejidos de algodón; los artículos de Lila, de Roubaix, de Ruan, y luego los objetos de confección, la sombrerería, la bonetería, los corsés, las pieles, etc.; al otro lado hácia el Oeste, los hilados y tejidos de lana, como los merinos, los paños, etc.

En los compartimientos del piso bajo vemos además la tabletería, los bronceos, los abanicos, bastones, paraguas, etc. Marchando despues hasta los espacios que salen al medio de la nave, hallamos la imprenta, el grabado, la litografía, el papel de escribir y de lujo, la cristalería escogida, la ebanistería en pequeño, los esmaltes de arte y de fantasía, la platería, la porcelana de lujo, los bronceos verdaderos ó imitados, etc.

En la galería del primer piso tenemos una serie de maravillas: allí están las sederías de Lyon en unos escaparates que cuestan 80.000 frs. de alquiler al tribunal de comercio de la segunda ciudad de Francia; las telas de seda y los pañuelos de Nimes, las telas de Aviñon, las novedades y pañuelos de Paris; los mas ricos artículos de S. Quintin, las muselinas y bordados de Tarare y de Nancy, los encajes y cintas de St. Etienne, la pasamanería, las sedas torcidas, etc., y en fin el grupo de telas estampadas de Mulhouse, y todas las telas estampadas.

A lo largo de la balaustrada que da vista al salón hay una galería estrecha formada de arcos de hierro elegantemente dispuestos bajo los cuales brillan las alhajas y la bisutería imitando lo fino. De los arcos de esta galería cuelgan hermosas arañas.

La galería dependiente del palacio no es ménos curiosa que el edificio principal. Primeramente para llegar á ella hay que pasar por la galería de unión, en cuyo salón central, que es el antiguo Panorama, tenemos los productos de las manufacturas imperiales, las porcelanas de Sevres, los tapices de los Gobelinos y de Beauvais, y en medio la gran exposicion de los diamantes de la corona. La galería que reina en torno del Panorama, se halla reservada á los muebles de fabricación parisiense, á las alfombras y tapices, instrumentos de música, armas, cuchillería, quincallería, hules, etc.

Como este es el punto céntrico, aquí se han establecido las fondas y cafés, pero estos establecimientos se hallan fuera de la galería, sobre parterres guarnecidos de flores. Una vez que se atraviesa el puente aéreo, y que se entra en la galería de la orilla del rio, se encuentra uno hácia el centro de esta dependencia que se halla dividida en dos partes de una extensión igual, aunque consagradas cada una á la exposicion de objetos totalmente diversos. Contando desde la plaza de la Concordia hasta el puente de la rotonda, todo el espacio (piso bajo y principal) se halla consagrado á los productos brutos ó manufacturados. Allí se clasifican las materias primeras de todas clases, los productos metalúrgicos de grandes dimensiones, los instrumentos de agricultura, los artículos de caza y pesca, los cueros y pieles, los aparatos de alumbrado y de calórico, los carruajes, la sillería, los artículos de campamento, la relojería, los instrumentos de precisión, los productos químicos y las sustancias alimenticias.

Entre el puente de los Inválidos y el nuevo puente de Alma, reina la mecánica ella sola; las máquinas están en movimiento como en los talleres en donde funcionan. Si la mayor parte de los visitantes no habrían podido comprender por falta de conocimientos especiales, esos mecanismos inmóviles, fácilmente se harán cargo al verlos en juego, de los curiosos y diferentes sistemas que facilitan el trabajo manufacturero.

Las muchas clases de productos de que se compone la Exposicion Universal, podrian en último resultado dividirse en dos grandes categorías: en la primera entrarían las industrias relativas á las necesidades esenciales de la vida, sea en el orden material, sea en el

orden moral, y que interesan por eso en alto grado á la masa de la población, y la segunda comprendería todos los productos que se pueden llamar de puro lujo. Así pues, lejos de estar aisladas una de otra como muchos observadores apasionados ó superficiales lo pretenden, esas dos clases de industrias se prestan por el contrario una ayuda reciproca. Los progresos que se han verificado en las fabricaciones mas suntuosas aprovechan en breve á las industrias que se dirigen á las existencias mas modestas. Un pueblo que no tuviera productos de lujo, no tendría para el consumo general mas que artículos groseros ó poco cómodos, así como tambien los perfeccionamientos introducidos en los productos destinados á la masa de la población impiden que suban demasiado los precios de los objetos de lujo.

Esta evidente correlacion no permite apartar las miradas de ninguno de los detalles del gran concurso de 1855. No hay para que decir que no aludimos á esas obras sin objeto, simple capricho de la imaginación, que la excesiva indulgencia de algunos jurados locales admite á todas las exposiciones, y que cuestan un tiempo largo y trabajos infinitos á sus autores; estos son juegos de paciencia y no productos de la industria. Por lo demás, este año se ha tratado de disminuir su número, pero permaneciendo en la verdadera esfera del trabajo industrial se advierten grados en los servicios que de aplicaciones determinadas resultan ora para una sociedad, ora para la civilización general. Bajo este concepto será del mayor interés el comparar entre sí las fabricaciones en que se ejerce el genio de los diferentes pueblos.

El verdadero triunfo de la industria moderna consiste en poner buenos productos al alcance de un número de consumidores cada dia en aumento. Esta tendencia impuesta á nuestra época es el hecho mas notable que se desprende de todas las exposiciones verificadas hasta el dia. Desde el principio de este siglo, sobre todo despues que la industria ha centuplicado sus fuerzas con el empleo del vapor, el movimiento efectuado en ese sentido ha podido entorpecerse por intervalos, pero nunca se ha visto interrumpido. Todos los descubrimientos importantes, todas las grandes mejoras realizadas en el dominio de las artes mecánicas, de las artes químicas, ó de la fabricación propiamente dicha, han ido favoreciendo de mas en mas los intereses del mayor número. Ahora que conocemos ya lo que da de sí el gran concurso de 1855, podemos decir sin titubear, que suministra mas testimonios en apoyo de una observacion comun á todos los pueblos civilizados y que permite, en cierto modo, apreciar el estado de su instrucción respectiva.

LA SEMANA MATRITENSE.

Los dias de la semana
 Juntó en su palacio el Tiempo,
 Para darles varias órdenes
 Relativas á su arreglo.

Tú, dijo mirando al lunes,
 Serás el cabo de hacheros,
 Repartidor de ilusiones
 Y archivo de los recuerdos.

Pasarán muchos tus horas
 En Madrid como momentos,
 Llorando por el domingo
 Y viendo funcion de cuernos.

En tí holgarán los periódicos,
 Y tambien los zapateros;
 Tendrá rebaja la cárcel,
 Tendrá el hospital aumento.

Entre memorias dulcísimas
 De monas y bailoteos
 Se verá en el calendario
 Si están las fiestas muy léjos.

Tú, martes, cuida enseguida
 De que echen muchos de méros
 Los cuartos que hasta el domingo
 Guardaba el bolsillo presos.

Haz que, por esto ayunando,
 Entre las tejas y el cielo
 Raciocinen con estacas
 El sexo hermoso y el feo.

Rellena las gacettillas
 De sucesos estupendos,
 Y habla de toros, caballos,
 Volapiés, picas y perros.

Tú, de trabajos rendido,
 Ponte, miércoles, en medio.
 Sin recordar lo pasado,
 Ni temer lo venidero.

Asoma por los balcones
 Los querubines del suelo
 Detrás de las verdes hojas
 De persianas y de tiestos.

Y lleve al balcon de al lado
 Dulces palabras el viento,
 Señales á los de arriba,
 Suspiros á los fronteros.

Vén, juéves, contigo sueñan
 Los niños de los colegios,
 Y aunque no quieran decirlo
 Sueñan tambien los maestros.

Llama gente á los teatros
 Con carteles y prospectos
 Para ver ejecuciones
 De horribles cosas en verso.

Usa entónces los billetes
 Que un mes ántes se vendieron,
 Pide el autor, y contempla
 Si es muy rubio ó muy moreno.

Tú, viérnes, vende billetes
 A coces y doble precio;
 Que habiendo toros el lunes
 Fuera pecado no verlos.

Y al morir el sol reúne
 En las puertas de los templos
 Viejas libres de pecados
 Que confiesan los agenos.

Siga el sábado tus huellas,
 Dando bailes y conciertos
 En salones de dos varas
 Con treinta personas llenos.

Allí al compás del piano
 Aceche astuto humeneo,
 Y abunden niños de á veinte,
 Mamás, ternezas y gestos.

Allí todos se solacen
 En tanto que á humildes lechos
 El domingo que se acerca
 Presta agradables ensueños.

Llegaste al fin; coge sitio,
 Puebla calles y paseos,
 Pon zapateros, modistas
 Y sastres en movimiento.

Saca á las nobles fregonas
 En escuadrones tremendos
 Llevando á mirar las fieras
 Otro escuadron de paletos.

Si, cansados y rendidos,
 Te piden grato refresco,
 Riega sus anchas gargantas
 Con dulce néctar manchego.

Inspira apretadas polkas,
 Zorcicos y otros jaleos
 A las ninfas de Vizcaya
 Y á los que miden el lienzo.

Saca familias formadas
 De dos en dos con sus perros,
 Y al sonar las oraciones
 Cuida de ir las recogiendo.

Llena cafés y teatros
 Y salones domingueros,
 Rie, y no pienses en nada;
 Léjos los cuidados, léjos.

Y cuando anuncien las doce
 Las bocas de los serenos
 Dale una patada; oh lunes!
 Y torna á ocupar tu puesto.

José GONZALEZ DE TEJADA.



ROUSSEL

La columna de Napoleon en la fiesta del 15 de Mayo.